



# cuentos cortos

— OCTAVA VERSIÓN —

Vive tu cuento



Editorial  
Uniagustiniana





COLECCIÓN CREACIÓN ARTÍSTICA Y CULTURAL

# Cuentos cortos

*Vive tu cuento*

Octava versión



# Cuentos cortos

*Vive tu cuento*

Octava versión



UNIAGUSTINIANA  
*Es crear en ti*

Vigilada Mineducación



**Editorial**  
Uniagustiniana

Concurso Uniagustiniano de Cuento Corto. (8°. : 2025 : Bogotá), autor

**Cuentos cortos: octava versión** / Concurso Uniagustiniano de Cuento Corto ; Nicolás Sepúlveda Perdomo [y otros once]. -- Bogotá: Editorial Uniagustiniana, 2025.

92 p.

Incluye datos curriculares de los autores.

**ISBN (impreso):** 978-628-7727-07-6

**ISBN (digital):** 978-628-7727-08-3

**CDD:** 863.44

1. Cuentos Colombianos, 2. Creación literaria, 3. Literatura

**Catalogación realizada por la Biblioteca Fray Pedro Fabo**

---

© Autores: Nicolás Sepúlveda Perdomo, Andrés Felipe Caro Pérez, María Fernanda Cárdenas Álvarez, Jose David Correa Rodríguez, Mario Julián Hurtado Figueredo, Sebastián Alonso Rey Díaz, Norman Andrés Quevedo Socha, Beatriz Irene Romero Cuéllar, Johnnier Aristizábal Santa, Martha Graciela Arias Rey, Daniel Enrique Monje Abril, Rodolfo Prada Penagos.

© Editorial Uniagustiniana, Bogotá, 2025.

ISBN (impreso): 978-628-7727-07-6

ISBN (digital): 978-628-7727-08-3

**UNIVERSITARIA AGUSTINIANA, UNIAGUSTINIANA**

P. Jullán Hincapié López, rector

Hernán Eduardo Buitrago Villamizar, vicerrector Académico y de Investigaciones

**DIRECCIÓN DE DIVULGACIÓN DE LA CIENCIA  
Y FOMENTO DE LA CREACIÓN**

Nicolas Sépulveda Perdomo, director

Diego Armando Rodríguez Peña, jurado

Jorge Eliecer Pardo Rodríguez, jurado

Pablo Castellano, corrección de estilo

Angélica Ramos Vargas, diseño de colección

Imagen de cubierta: elaborada a partir de inteligencia artificial

DGP Editores, impresión

Campus Tagaste, Av. Ciudad de Cali No. 11B-95, Bogotá, Colombia

editorial@uniagustiniana.edu.co

Impreso y hecho en Colombia • Depósito legal según Decreto 460 de 1995.

Derechos reservados conforme a la ley. Prohibida su reproducción parcial o total en todo formato o medio sin previo permiso escrito de la Universitaria Agustiniiana.

# Contenido

<b>Presentación</b>	IX
<b>Vivir el cuento de la escritura</b>	
Nicolás Sepúlveda Perdomo	

<b>Acta</b>	XIII
-------------	------

## CATEGORÍA ESTUDIANTES

### PRIMER PUESTO

<b>Puro cuento</b>	1
Andrés Felipe Caro Pérez	

### SEGUNDO PUESTO

<b>Un intruso en casa</b>	7
María Fernanda Cárdenas Álvarez	

### TERCER PUESTO

<b>La inmortalidad del vacío</b>	13
Jose David Correa Rodríguez	

## CATEGORÍA EGRESADOS

PRIMER PUESTO

**Ángel negro** 23

Mario Julián Hurtado Figueredo

SEGUNDO PUESTO

**El lastre de ser gris** 29

Sebastián Alonso Rey Díaz

TERCER PUESTO

**Plaza de Mayo** 35

Norman Andrés Quevedo Socha

## CATEGORÍA DOCENTES

PRIMER PUESTO

**Frida Miaurcedes Ronrona** 41

Beatriz Irene Romero Cuéllar

SEGUNDO PUESTO

**Carta para después del fin** 49

Johnnier Aristizábal Santa

TERCER PUESTO

**Menos su nombre**

Martha Graciela Arias Rey

53

CATEGORÍA ADMINISTRATIVOS

PRIMER PUESTO

**Tristeza y el fin**

Daniel Enrique Monje Abril

59

SEGUNDO PUESTO

**Rufo**

Rodolfo Prada Penagos

65



## Vivir el cuento de la escritura

La octava versión del Concurso Uniagustiniano de Cuento Corto (2025) se desarrolló bajo el lema “Vive tu cuento”. Esta idea hace eco de los planteamientos de Paul Ricoeur en su celebre ensayo “La vida: un relato en busca de narrador”. Siguiendo tal idea, la escritura tiene la capacidad de permitirnos interpretar nuestro mundo, la ciudad, el barrio, la realidad que vivimos día a día; un proceso en el cual construimos nuestra subjetividad, la manera como sentimos, pensamos y nos relacionamos con los otros. Al igual que en la escritura de ficción, en la realidad contamos nuestras vidas alrededor de una trama que ordena un cúmulo de acontecimientos vividos, muy diferentes entre sí, pero importantes para nosotros, con los cuales damos un significado a nuestras historias como seres vivos. Incluso, en un punto, llegamos a comparar nuestras vidas con la de aquellos héroes y heroínas de la literatura o del cine, siguiendo el ejemplo de Don Quijote en su desvarío. De este modo, se descubre lo esencial que son las ficciones en nuestro día a día, en cómo imaginamos otros mundos, otros futuros posibles, y en cómo integramos las realidades de los otros en nuestra vida. Contar un cuento

es vivirlo en nuestra percepción, sentir empatía por aquello que aún no es real, sino imaginario. Se trata de un acto ético, pues se dirige hacia el mundo como vida.

Para quien escribe, el proceso de creación de un cuento pasa no solo por preguntas de corte formal, como el tipo de narrador, los personajes, el tiempo y espacio narrativo, entre otros aspectos, sino también por preguntas de corte existencial alrededor de la relación entre la vida y la ficción. ¿Cuál es el material con el que estoy creando esta ficción?, ¿qué acontecimientos de mi vida nutren la historia que estoy contando?, ¿cómo aparece mi historia de vida en medio de la narración?, ¿quién soy yo frente a mis personajes? En medio de las diversas soluciones que los autores(as) le puedan dar a estas preguntas, la escritura creativa aparece como un proceso en el cual media el acto ético de valorar la vida misma y ponerla a disposición de la construcción del sentido que pueda hacer el lector con la historia narrada. De este modo, quien escribe está más interesado en comprender quién es, qué es ese mundo que habita y quiénes son esas otredades a las cuales busca darse a entender.

La escritura se trata entonces de un proceso que es atravesado por la empatía y la sensibilidad, que inicia en una pregunta por el yo para dirigirse hacia el otro. El desarrollo de esta habilidad en un contexto universitario es de gran importancia, ya que crea un sentido de comunidad a través del ejercicio de reflexionar y producir un lenguaje común que sea capaz de captar mi sensibilidad y experiencia para transmitirla hacia el otro, y viceversa. En esta medida, la forma breve del cuento le permite a su autor explorar un terreno común en el que ejercita la percepción y expresión del acontecimiento vivido para llevarlo al terreno de lo narrado.

Los cuentos que componen la presente edición responden a tal procedimiento. Detrás de cada relato hay un joven o experimentado autor que ha tomado como materia su experiencia o una parte de ese mundo que habita y ha logrado comunicarlo con una forma y lenguaje dirigidos hacia la sensibilidad. Con respecto a la diversidad temática de estos cuentos, se explora el humor y el ingenio en el juego de estructuras narrativas; también, hay construcciones simbólicas en la exploración del amor o reescrituras de relatos mitológicos. Así mismo, nos encontramos con relatos apocalípticos, exploraciones de la cotidianidad, el reconocimiento del paso del tiempo y de la vejez gracias al otro, así como la narración de las anécdotas cotidianas en la búsqueda de un sentido que raya en lo policiaco.

La Dirección de Divulgación de la Ciencia y Fomento de la Creación, que hace parte de la Vicerrectoría Académica y de Investigaciones, se complace en presentar los cuentos ganadores de un concurso de larga trayectoria, cuyo fin es contribuir a la formación y reconocer las capacidades creativas de la comunidad agustiniana.

### **Nicolás Sepúlveda Perdomo**

Director de Divulgación de la Ciencia  
y Fomento de la Creación



**Universitaria Agustiniana**  
**Vicerrectoría Académica y de Investigaciones**  
**Dirección de Divulgación de la Ciencia**  
**y Fomento de la Creación**

Bogotá, 22 de noviembre de 2024

## **8° Concurso Agustiniano de Cuento Corto 2024**

### **Acta del jurado**

Después de la lectura de los cuentos, nos permitimos adjuntar los resultados de la evaluación hecha por nosotros como jurados del concurso.

Las propuestas, en general, presentan un variado rango temático, aunque la mayoría de ellas dan cuenta de la violencia de nuestra historia reciente; de futuros apocalípticos y los intentos de la especie humana por sobrevivir; del inevitable paso del tiempo y sus consecuencias como la muerte o el olvido; y de las adversidades producidas por la pandemia y el confinamiento.

A continuación, los resultados de la evaluación:

### **Categoría Estudiantes**

1. Puro cuento - Andrés Felipe Caro Pérez
2. Un intruso en casa - María Fernanda Cárdenas Álvarez
3. La inmortalidad del vacío - Jose David Correa Rodríguez

### **Categoría Egresados**

1. Ángel negro - Mario Julián Hurtado Figueredo
2. El lastre de ser gris - Sebastián Alonso Rey Díaz
3. Plaza de Mayo - Norman Andrés Quevedo Socha

### **Categoría Docentes**

1. Frida Miaurcedes Ronrona - Beatriz Irene Romero Cuéllar
2. Carta para después del fin - Johnnier Aristizábal Santa
3. Menos su nombre - Martha Graciela Arias Rey

### **Categoría Administrativos**

1. Tristeza y el fin - Daniel Enrique Monje Abril
2. Rufo - Rodolfo Prada Penagos

Por otra parte, registramos nuestras apreciaciones sobre cada trabajo seleccionado como ganador:

En la categoría estudiantes, en el primer lugar ocupado por el cuento titulado “Puro cuento”, se destaca —entre todas las postulaciones del concurso— la originalidad de su temática centrada en un ladrón de textos literarios y cuya narración es correcta en lo gramatical, el logro de su verosimilitud y el haber generado algunas risas. En segundo lugar, “Un intruso en casa” resalta por su historia de amor y desamor, el buen uso del lenguaje y cómo al protagonista le van robando no solo sus cosas, sino la vida. El tercer lugar, “La inmortalidad del vacío”, retoma el relato bíblico de Caín y Abel después del crimen del segundo, se rescata que sigue una línea estética y la carga de sus diálogos.

En la categoría egresados, el primer lugar fue otorgado para “Ángel negro”, cuento que se destaca por la construcción de un monólogo con una buena estructura. El segundo lugar ocupado por “El lastre de

ser gris”, se destaca el intento del autor, tanto en los nombres como en el título, por simbolizar las palabras a una estética. En el tercer lugar, ocupado por el cuento titulado “Plaza mayo”, se rescata el cuidado del lenguaje y su giro lógico en la trama.

Para la categoría docentes, el primer lugar fue logrado por el cuento “Frida Miaurcedes Ronrona”, en el que se destaca la creación de una estructura circular para el reconocimiento de una persona por otra, en este caso, en el de la narradora con su gata al darse cuenta que la vejez y la muerte también le llegará. En el segundo lugar, ocupado por “Carta para después del fin”, se resalta su temática que gira en torno a los últimos días de la especie humana, contada desde un ser humano que se lamenta por lo que no hicieron y que busca desesperadamente una forma de esperanza. El tercer lugar, ocupado por el cuento titulado “Menos su nombre”, resalta el manejo del lenguaje y su buen nivel gramatical como estético, pues crea una voz convincente y unas reglas del mundo que se sostienen sin romperse.

En la categoría administrativos, el cuento titulado “Tristeza y el fin” ocupó el primer lugar, allí se destaca su tema apocalíptico, un buen manejo del lenguaje y su narración nos adentra en la fe, pero no desde un punto de vista metafísico, sino desde las personas mismas. En el segundo lugar, ocupado por “Rufo”, se destacan las anécdotas unidas que relatan la vida de un perro y su dueño.

*Jurados Concurso Agustiniiano de Cuento Corto 2024*

**Diego Armando  
Rodríguez Peña**

**Jorge Eliecer  
Pardo Rodríguez**



**CATEGORÍA ESTUDIANTES**



# Puro cuento

Bogotá, 12 de agosto

## **Carta de recomendación de un viejo amigo a Quincio Galoche para el premio del Archivo Literario**

Me sabe a poco el verlo a usted, pedazo de nada,  
traicionero de todo lo que fuimos y lo que juramos  
ser, siendo alzado entre un montón de insulsos y  
bendecidos. ¿Dónde dejó este pedazo de hombre  
que nunca pudo ser? ¿Lo dejó en la mitad de la  
plaza, oliendo a ayer, disfrutando de ser apócrifo?  
Sabe qué, Tulio, nunca me vuelva a hablar.

Quincio Galoche, *Voces de un ganso*

Quincio Galoche merece absolutamente cada premio que se le pueda  
entregar a un escritor que nunca en su vida ha escrito algo propio.

Se merece un premio hoy, uno mañana y ese que ya se ganó. El de  
mañana se lo darán los que pensarán ser como Galoche; el de ayer,  
se lo dieron los más solapados del gremio, y el de hoy, se lo dan sus  
más fieles amigos, sus compinches de siempre, sus sospechosos ha-  
bituales, por su originalidad en robarse todo.

De Maria Eugenia Torres se robó los manuscritos que armaron *El cielo entre tus ojos*, un libro dedicado a la vida y al ser feliz con uno mismo. Se los robó literalmente, metiéndose a la casa de Torres, con una pistola de juguete en caso de que lo agarrara alguien infraganti, pretendiendo ser ladrón, más que pobre escritor. Nadie lo encontró, aunque Torres dice que a lo lejos se escucharon unos pasos con un ritmo inconsistente, tal como la obra de Torres, en la parte de abajo de la casa. Torres no se levantó porque dedujo que era innecesario. ¿Quién se iría a robar algo de ella? No tenía mucho más que un Cristo ensangrentado y sus manuscritos.

A Rigoberto Silocino, estudiante suyo y ocasional amante, le quitó 28 cuentos y los convirtió en 26, cortando uno de una vaca que se creía de la realeza, junto a otro simplemente titulado “El acto de ser Rigoberto”; y publicó *Mis historias mías*, una antología de falsedad, digna de ser mostrada en cada partecita de Colombia.

Con Luciana Galoche no se complicó mucho la vida, pues únicamente le agarró una tarea del colegio, le cambió algunas comas y le puso un nuevo título. Así apareció “Para Luciana”, un texto que para los críticos capturó el lenguaje de la infancia, de una manera que nunca había sido pensada. Para ellos, Galoche no parecía un niño, Galoche era un niño.

Entonces, amigos de Galoche, sospechosos habituales, hoy es un día de fiesta, un día para morirse celebrando, por cada pedacito de la vida de mi amigo Quincio. Desde que nació en un hospital que ya no existe, hasta el día de ayer, donde salió a dar su primera entrevista en años, diciendo que no era culpa suya que las cosas se complicaran, pero que ya está a nada, a absolutamente nada, de sacar un nuevo libro, que pretende titular *La tempestad*.

¿De qué será *La tempestad*, mis amigos? Un libro que, por las arrugas de Galoche, está encaminado a volverse plagio póstumo. ¿Será pues una novela de misterio o una autobiografía de un militar alemán, con el nombre cambiado y el Rin convertido en Magdalena? Probablemente, pero no principalmente. Principalmente, con la tempestad esa, Quincio va a querer decir la verdad, porque cuando se llega a viejo, como Quincio y yo, no queda más que decir la verdad.

Aprovechemos entonces para darle el premio a este cleptómano de la palabra, a este titán de los cielos azulados y las historias suyas, aprovechemos antes que él mismo se coma las rosas que hoy le tiramos. Seamos inteligentes y bailemos un vals y de fondo dejemos que suenen fragmentos de los robos, descifrando al maestro.

Ahora, no faltarán los que se levanten indignados, los que agarrarán sus cosas para montarse en la limusina e irse leyendo este cuento que decía que no había más que mentiras en cada eslabón de cada especie. Un cuento, puro cuento, de Quincio Galoche, original mío, suyo y mío, de Tulio Roca, empresario y pescador.

Pero que todos ellos, como decía mi amigo Galoche, se vayan hasta donde les llegue la capacidad de ir, que se vayan a oler las rosas y a disfrutar de tener dinero. Quedémonos aquí los interesados en la verdad, los que merecemos entender que Tulio Roca, su servidor, se merece un pedacito de algo y que Quincio Galoche puede vivir con un pedacito de nada.

¿Y entonces? ¿Cómo será *La tempestad*? En prosa, en verso, enfrascado en ser mucho y siendo poco a la vez. Yo digo que sí, yo digo ciertamente que sí. Galoche por fin se atreverá a decir algo más que algo que ya dijeron y saldrá a defenderse con palabras ultrajadas. Dirá: “Yo nunca me robé nada que no fuese digno de prestarse, yo nunca

dije una mentira, simplemente me dediqué a no negar. Y sí, puede que Tulio Roca tenga razón. Y sí, esa tarde en el bar El Cisne en la cuarta copa de ron después de acabarnos la botella de ginebra, me puse a rebuscar el bolso y encontré una bella historia, mi penúltimo libro, que con un título medio cambiado y ligeramente mejor ha resultado siendo *Voces de un ganso*. Concuerto, Roca tiene razón, pero eso no quiere decir mucho”.

Eso va a decir Galoche, y ustedes harán caso omiso, porque quién va a creer que los discípulos del gran Quincio no sabían, mientras no predicaban la absoluta verdad. Para ustedes, si es que aquel viene ahora a decir verdades, será porque mi Quincio querido, mi Quincio adorado, ha de estar siendo humoroso, satírico y subversivo. Ya en sus años de viejo, ha de estarse burlando de acusaciones erróneas y causando risas en los muchos que entienden su humor.

*Voces de un ganso* era el cínico principio de una trilogía que yo escribí, y donde le dedicaba todo a mi madre, Saura. Pero por más personal que fuera todo, Galoche lo supo transferir a su memoria, concretando la razón de este premio y, de paso, dejándome un mensaje, que ya les regalé a ustedes al principio de esta recomendación. Tulio Roca es un pedazo de nada, Galoche es la nada ensimismada.

Y *La tempestad* será amada, como lo fueron todos sus libros, y quedarán los autores resignados a contar una anécdota de cuando esas palabras fueron suyas, mientras todos se dedican a besar los pies de Quincio Galoche, porque le tocará ser algo.

Por mi parte, no hay ningún problema con que Galoche tenga otro premio en su vitrina. Denle el reconocimiento, déjelo. Todos saben la verdad de las historias suyas, de los cielos en sus ojos, de las voces de ese ganso que parece disfrutar robar huevos de oro.

Galoche se merece todo esto. Quincio se merece ser el hombre que nunca fui, el niño que su hija nunca pudo ser, el amante que Rigoberto nunca pudo mantener, el autor que Torres nunca pudo encontrar. Dejen que robe una última vez y, en esta ocasión, dejen que se robe a sí mismo.

Déjenlo ser Quincio Galoche, que ya sin amigos, sin historias, solo le quedará ser él mismo, sin importar quién sea.

Con un pedacito de amor y un pedacito de envidia,

Firma,

Tulio Roca

\* Fragmento de *La tempestad*, libro póstumo de Quincio Galoche, ganador del premio del Archivo Literario 2018.

**Andrés Felipe Caro Pérez**



## Un intruso en casa

**M**e encontré a un intruso en mi apartamento. Lo miré a los ojos, sin decir nada, y lo dejé llevarse todo, a pesar de que le mantenía mi mirada encima, impotente. Fue cuestión de minutos, días, semanas e incluso meses para que aquel sujeto impalpable nos dejase casi sin ningún objeto, más allá del lugar que ocupaban y el inmenso recuerdo que allí se posaba.

De forma inminente, y ya con el daño hecho, recordé todo de lo que nos había despojado. Lo primero que desapareció fue la energía nocturna, aquella con la cual tú y yo creábamos una velada apacible, llena de cosas por expresar, largas conversaciones para descubrirnos y escondernos —al mismo tiempo— en el otro, así como un par de miradas cómplices que revelan el más puro de los sentimientos en la oscuridad de la noche. Era entendible, pues una rutina demandante en la vida de ambos era razón suficiente para guardar el instinto y dedicarse a un acompañamiento mutuo dentro del estrés que cada cosa conllevaba.

No lo consideraba mal, al menos para ese entonces, hasta cuando la carencia de tal fragmento de tiempo se intensificó: a mitad de la noche, el frío de mi cama era el calor de tu cuerpo en otra habitación. Ya no había tanto tiempo para dormir en el mismo lugar. Fue la primera vez que sentí en la adultez un miedo irracional, como si de monstruos en el armario se tratase. Me pregunté muchas veces

si mi intuición era acertada, pero llegué a la conclusión de que tales espectros solamente eran una cuestión insensata, aññada.

Lo que no entendí fue que, poco a poco, y de forma selectiva, el intruso planeaba adueñarse de más cosas. Se llevó tu cámara, aquella con la que nos tomabas fotos en el ascensor y con la que salíamos a los centros comerciales para registrar esa imagen tuya de un café luego de pasar por la librería. Cuando te pregunté por ella, te limitaste a decir que se te había refundido la pila, así que no se podía encender.

Empezó por llevarse tu bufanda gris de lana, aquella que me acomodabas con amabilidad y gentileza cuando caía el atardecer en Bogotá. Me reprochabas, entre risas y un tono paciente, el que nunca saliera con chaquetas o sacos a la calle. Pensaba que se había perdido en una visita a la casa de tu mamá. Se robó mi anillo, un día que salía con prisa a trabajar al centro de la ciudad. Sí, ese anillo plateado que me diste cuando grabamos todo el día por las calles de la Avenida Calle 26, justo por los edificios corporativos que se imponían entre las estaciones. Nunca lo volví a ver, a pesar de que recordaba haberlo dejado encima del comedor.

Se robó el color rojo de los semáforos, ese que era el símbolo de un lapso durante el que me besabas para acortar el tiempo del tráfico. En este momento, la ronda de canciones que construimos para escucharla en el carro mientras íbamos a algún lugar, como un ritual para entregar lo que éramos (y somos) en lo mundano, se convertía cada vez más en el sonido ambiente que se mezclaba con la realidad de la ciudad.

Se adueñó de la foto que tomamos en la Carrera Séptima yendo a toda velocidad en tu carro, esa del edificio Colpatria con todas sus

tonalidades, en el momento justo cuando la bandera se apropió de sus pisos. Evocar esta ocasión me hace sonreír con ironía, pues —a pesar de que la fotografía está ahora en sus manos— él desconoce que su significado no obedece a ese preciso instante, sino a todos los sucesos posteriores a ella, desde el momento cuando pasamos enfrente del sitio que fue tu hogar por un mes. Fue algo inesperado, como de repente. Me mostraste tu temor y me dejaste acompañarte en el recorrido hasta un lugar que quedaba casi saliendo de la ciudad. La presencia del sentimiento de hacer algo malo se apoderó de todo, cuando momentos después de observar la residencia llegó ese policía a alumbrarnos con su diminuta linterna, para preguntar por qué nos encontrábamos en una zona donde estaba prohibido parquear. Su presencia fue un mordaz impulso para que hiciéramos algo arriesgado. Luego de escuchar el sermón sobre la necesidad de tener cuidado, casi nos accidentamos, intentando llegar a La Calera, todo por estar estúpidamente en contravía. Tal edificación de arquitectura histórica y cerca viva es un testigo sin palabra, sin presencia.

Noté sus intenciones tiempo después, cuando los dueños de aquellas cosas habíamos dejado de ser nosotros. Lo que nosotros éramos o pudimos ser. Entró por la puerta principal del edificio, se introdujo a mi casa y, sin el más mínimo gesto, se ocupó en hurtar lo conocido. Se llevó el lienzo en donde, con pinturas de colores vibrantes y desordenados, plasmaste lo que sentías por mí cuando me mirabas a los ojos. Le interesó después mi saco cuello tortuga amarillo, ese que dejé de usar porque una de sus mangas estaba rota, la cual no cosí por descuido. Sin embargo, seguía estando tan nuevo como cuando me lo obsequiaste, una tarde fría en Galerías. Tal vez crees que la imagen que tengo de ti en esa ocasión es vaga, pero la

escena en que decides invitarme una ensalada a mí únicamente, porque no te alcanzaba para que comiéramos ambos, sigue vívida en mi mente.

Pasó vilmente por la cocina, y su atrocidad quedó impregnada en Violeta, la planta que juramos cuidar como cuidamos nuestra relación. Algunas de sus hojas cayeron secas a la tierra, en ese momento. Rompió el pocillo azul con puntos blancos, ese que te fascinaba cuando tomábamos té, sentados en el comedor antes de irnos a descansar. Creo que esa distinguida taza hizo que te comenzara a gustar ese tipo de bebidas. No se llevó los trozos, sino que me los entregó en la mano.

Más tarde, noté rápidamente que muchas otras cosas desaparecieron. Se llevó las pinturas que guardaba en la caja del estudio, esas con las que nos retratamos en cada trazo, en cada beso, en cada mirada en silencio, para no olvidar jamás el rostro del otro, ni cómo se veía realmente el amor. Se llevó dos de mis moñas, esa de color marrón y la otra de tono crema que me diste a la semana de habernos conocido, porque sabías que batallaba con mi cabello corto. El intruso cargaba en sus bolsillos cada carta, cada flor, cada tiquete que, en su prudencia y gracia, era cada uno de los eventos que nos constituían a ti y a mí.

Me di cuenta de que estaba intentando robarse el retrato que te hice, ese que te pinté un día antes de tu cumpleaños como una muestra secreta de agradecimiento con la vida misma por el hecho de que estés vivo y de que te encontraras junto a mí en ese nuevo proceso. La forma de tu cara, de tu boina, de tu bufanda desaparecía en la humedad que acogía la tela del cuadro.

Y luego, sin previo aviso, te empezaste a marchar tú.

Lo sentí desde la primera caricia desinteresada, esa que recae en la monotonía. Lo vi en las palabras, cuando dejabas de decirlas, y, de igual modo, lo observé en mí, cuando la distancia era producto de mi silencio también. Aquel intruso, que dejó los espacios de mi habitación, de mi sala, de mi cocina y de mi estudio en ruinas, sin previo aviso se llevó nuestro lenguaje, pero dejó el espacio suficiente para que el cinismo, la ira y la decepción entraran sin ningún problema.

No habría necesidad de evocar tales sentimientos tan negativos si realmente no importaran. El ambiente a veces inhóspito de los que éramos responsables no era más que una frágil respuesta a todo lo que ya no se encontraba allí, a lo que habíamos dejado perder. Cegada por lo absurdo que fue dejar que la fotografía se fuera con él, que en sus dedos estuviese mi tan añorado anillo de plata, que se llevara tu bufanda, esa de color gris, y las pinturas acrílicas; que se quedaran las pilas de tu cámara vieja en el bolsillo de su camisa, las hojas dedicadas al otro en su billetera, y los colores que nacían entre tú y yo entre sus lentes, olvidé que Violeta todo este tiempo estuvo sin agua y rayos de luz.

La Violeta de Los Alpes, esa pequeña planta que me diste apenas me subí al carro para ir a nuestra cita, al inicio de nuestra relación, y que con mucho cariño adoptamos como un símbolo de nuestro amor, se había marchitado. Con un inevitable nudo en el estómago, noté con amargura cómo el rosa de sus pétalos se había vuelto un delgado papel amarillento, sin calidez, sin vida.

Desde hace dos meses, me encontré un intruso en mi apartamento. Se llevó cada uno de los objetos que ocupaban un lugar en mi hogar, hogar que también fue tuyo. El polvo se instauró allí, como si dijera por sí mismo que el tiempo se detuvo cuando dejamos de ser

la razón por la cual tomó vida. Cuando obtuvo todo lo que se le antojó, lo miré a los ojos, sin refutar nada, y lo dejé ir. Justo después de que partiera, dirigí la mirada hacia ti, de nuevo sin decir mucho, y en un intento de consuelo mutuo, me di cuenta de que tú también te lo habías encontrado.

**María Fernanda Cárdenas Álvarez**

## La inmortalidad del vacío

**D**os palomas volaron velozmente, espantadas de una casa cercana a la loma de una montaña. El sol dejó ver sus últimos rayos, acariciando las tejas y las paredes de ladrillo. En el interior, el suelo de la casa estaba bañado por un rojo carmesí, al igual que las paredes y el techo. Todo indicaba la escena de un crimen, pero no había cuerpo, solo una escopeta humeante, perfectamente colocada al borde de una silla. Entonces, un hombre salió de la cocina con dos esponjas y un balde, dispuesto a limpiar el desastre, dejando todo libre de manchas, casi como si fuera un experto.

—De nuevo, un día cae, y yo sigo aquí, vivo —dijo Caín, tirando el agua rojiza por la ventana. Luego se apresuró a cerrarla y fue a la cocina. Encendió el fuego y puso una olla con agua. Junto a ella, unas hojas verdes, pasta y trozos de pollo. Caín se preparaba la cena, bajo de ánimos.

—Podré ser inmortal, pero el hambre sigue ahí —dijo, mirando su plato de pasta humeante. Luego lo dejó sobre la mesa—. Lo peor es que, después de tantos años, el sabor dejó de importar.

Tomó el tenedor y comenzó su insípido festín. Mientras comía, escuchó un ruido proveniente de su habitación. Caín se levantó de la silla y caminó, sin inquietud. Abrió la puerta y notó que no había

nada allí, a excepción de un papel junto a su cama. “Te encontramos”, decía. Caín le dio la vuelta y notó un símbolo extraño; parecía como una mancha negra con unos ligeros destellos plateados. Entonces, estrujó el papel con rabia y lo botó por la ventana. No sabía qué era y no le dio mucha importancia: “Debe de ser una broma”, pensó, aunque sabía que estaba solo en ese monte. Regresó a la cocina para continuar con su platillo, pero justo antes de darle un bocado, todo se oscureció.

Cuando Caín recobró la conciencia, se percató de que dos figuras oscuras le daban la espalada. Trató de levantarse, pero estaba amarrado con unas cuerdas.

—Hacía años que no me sometían de esta manera —dijo, tratando de llamar la atención de sus captores—. ¿Qué está pasando aquí? —anunció, con un tono burlesco.

Las dos figuras permanecieron inmóviles, como estatuas. Entonces, una tercera emergió de la oscuridad, pero, a diferencia de las dos anteriores, esta tenía una máscara negra con unos destellos plateados en la frente. Sin previo aviso, le dio un golpe en el estómago a Caín.

—Un golpe bajo para el líder de una secta —comentó Caín, con la voz sin aliento por el golpe.

—¿No se acuerda de mí? —preguntó la figura, mientras se quitaba la máscara.

—No sé quién eres, pero estoy seguro de que me acordaría de un feo como tú —dijo Caín, riéndose.

—Ya suéltame, no conseguirás nada de mí. No doy regalos ni cumplo deseos. Mi mayor habilidad es quejarme del precio de la comida,

sobre todo cuando antes todo costaba un diente —comentó Caín, quien se rio nuevamente.

El hombre le agarró el rostro con firmeza.

—Ni una sola arruga... Es como si hubiera sido ayer cuando lo vi por primera vez. Pero yo sí crecí. Soy Duván, ese niño que lo vio a usted, hace treinta años, besándose con mi madre.

El líder pidió que soltaran a Caín.

—No me puede decir que ya olvidó a mi madre, una mujer que por veinticinco años se lamentó por su inexplicable huida, y que no tuvo más remedio que volarse los sesos frente a su hijo, que la estuvo apoyando en toda su crisis —dijo Duván, apuntándole con un arma a la cabeza.

—Definitivamente, te estás confundiendo —respondió Caín.

—Estoy seguro de que las mujeres terminan felices después de estar conmigo —bromeó, provocando una furia inmensa en Duván. Este tomó el fusil y lo descargó en la cabeza de Caín.

—Eso va a dejar una marca... —alcanzó a decir Caín antes de desvanecerse por el disparo fulminante en la cabeza.

De la oscuridad, emergió una luz, acercándose a Caín.

—Ya van quinientas veces que te veo, y sigues siendo igual de impresionante —comentó Caín, mientras la luz le extendía una mano. Intentó tomarla, pero una fuerza lo empujó hacia el vacío de la oscuridad. Pequeñas brisas rozaban su piel, provocándole una ligera molestia.

Y entonces despertó:

—Gracias al de arriba, no me sepultaron como la última vez. Fue horrible quitarse la tierra y los gusanos de los oídos.

Se levantó y miró a su alrededor.

—Esos infelices me dejaron muy lejos de mi hogar. Primero molestan, y ahora tengo que caminar hasta casa.

Caín se rascó la cabeza con fastidio. Estaba a 12 kilómetros de su hogar y no tuvo más remedio que caminar, algo que odiaba. Sus pies le dolían, pero no se quejaba. Parecía una sombra errante, inconsciente y solitaria.

—Esta es una caminata de muerte —dijo, dejándose llevar por el viento que lo acompañaba. De repente, tropezó y su rostro chocó bruscamente con el suelo.

—Lo que me faltaba, una piedra. Ya ni caminar hago bien —reclamó enfurecido, pero notó que la “piedra” tenía pelo, dos orejas y un hocico.

—¿Qué hace un perro en medio de la nada, acostado como un pendejo, haciéndome caer? —dijo Caín, sacudiéndose el polvo—. Aunque, la verdad, no fue tu culpa; yo fui el pendejo que andaba en las nubes.

Caín tomó al perro, que temblaba de hambre, y lo llevó a su casa. No podía creer lo que había hecho; nunca había mostrado compasión, mucho menos por un animal.

Al llegar, todo estaba tal como lo había dejado, pero ahora olía a pescado podrido; incluso, unas moscas revoloteaban alrededor del plato que había abandonado cuatro días antes.

—Qué horrible olor —dijo Caín, tapándose la nariz con el cuello de su camisa.

Tomó el plato, pero, debido a una debilidad en su muñeca, lo dejó caer. En la caída del recipiente, se cruzó el perro. Como si fuera una cuchilla, el plato atravesó el cráneo del animal. El perro chilló, provocando un leve sobresalto en Caín. Se desplomó en el suelo, dejando escapar su último aliento. “¿Qué acaba de pasar?”, pensó Caín, atónito ante la muerte del animal, que iba a ser un nuevo amigo. Caín se quedó inmóvil unos minutos, en *shock*. Después, tras sepultar al perro, salió a tomar aire.

—¿Cuándo será el día en que pueda morir? —dijo Caín, suspirando profundamente. De pronto, una persona se acercó y le tocó el hombro.

—Quizás yo pueda ayudarte —dijo el extraño.

Caín lo miró confundido, pero no dijo nada. Cuando intentó seguir caminando, el hombre lo detuvo.

—Lo digo en serio. Sé quién eres y lo que has hecho.

Caín se quedó inmóvil, mirando los pies del hombre. Con la mano derecha, el desconocido sacudió a Caín y le dijo:

—Yo puedo liberarte del pecado que cometiste hace más de cinco mil años.

Caín lo miró, extrañado. El hombre le resultaba familiar, pero no podía recordar de dónde lo conocía. De su espalda salía un resplandor que no parecía humano.

—Tú no eres de este mundo, ¿verdad? —dijo Caín, confundido.

El hombre soltó una leve risa.

—Así es, soy un ángel, pero no puedes saber mi nombre.

Esto inquietó a Caín. Asintió y comenzó a caminar con él. Mientras recorrían un parque, las luces revoloteaban a su alrededor. Todo parecía un espejismo.

—Lo que estás buscando es fácil de encontrar, Caín. Solo debes pedir perdón —le propuso el ángel.

—¿Pedir perdón? Yo jamás he pedido perdón —respondió Caín, incrédulo.

—Ese ha sido tu mayor error. Tu hermano no merecía morir de esa manera, Caín —comentó el ángel, con furia en el rostro, y añadió:

—Tú no podías decidir su destino.

—Mi hermano era solo un borrego; tarde o temprano le hubiera pasado algo así. Deberías saberlo, eres un ángel —replicó Caín, sin dar demasiada importancia a la situación.

El ángel lo tomó del cuello y lo levantó. Dos alas brotaron de su espalda y, sacudiéndolas bruscamente, se elevaron. Por primera vez en mucho tiempo, Caín sintió miedo. Sus ojos solo percibían luces que se descomponían en largas líneas. El ángel se detuvo y lo soltó junto a un lago cristalino. Caín nunca había visto un lugar como ese: el cielo tenía un tono verdoso claro, el aire era pesado y cálido, y el suelo expelía un olor agrio, pero reconfortante.

—¿Dónde estamos? —preguntó Caín mientras admiraba el paisaje.

—Buscabas ser libre, ¿no? Aquí es donde puedes empezar —comentó el ángel, mientras tocaba el agua del lago—. Este es el lago de tu pena.

Caín se rio y dijo:

—¿Pena de qué? Yo no vivo penas, yo vivo placeres.

—Caín, ¿en serio no me reconoces? —dijo el ángel.

—¿Debería saber quién eres? —respondió Caín, tratando de recordar a ese ser.

—Yo soy el centro de tus pesares; soy el que te vio penar por muchos años —dijo el ángel, tocándole el hombro de Caín.

—¡Dejémonos de enigmas y dime quién eres de una vez! —gritó Caín, desesperado.

—Soy el segundo hijo de Adán y Eva, tu hermano, Abel —anunció el ángel.

Caín quedó pálido ante la revelación. Sin pensarlo mucho, corrió a abrazar a su hermano, con los ojos inundados de lágrimas.

—No es posible que pueda verte de nuevo —dijo Caín, aún con lágrimas en los ojos.

—Hermano, yo jamás te culpé por lo que hiciste, pero vi tu sufrimiento desde los cielos —afirmó Abel, mientras le limpiaba las lágrimas a su hermano.

—Lo siento mucho, hermano. No merecías morir, y mucho menos por mis manos. Soy un ser despreciable.

Caín agachó la cabeza.

—Es bueno saber que estás arrepentido; esperé esto por mucho tiempo. Y ahora serás libre. Solo debes saltar a este lago y dejar tu

cuerpo en este mundo, para ascender al reino de los cielos conmigo  
—dijo Abel, señalando el lago.

Caín abrazó a su hermano por última vez.

—Nos vemos arriba —le dijo a Abel.

Entonces, saltó. Sus pulmones se inundaron, pero Caín no se sentía presionado; sabía que, por fin, sería libre y estaría con su hermano y sus padres.

De la oscuridad, una luz se acercó a Caín.

—Mi tiempo por fin ha llegado —dijo Caín, estirando el brazo para alcanzar la luz. La tocó y todo se iluminó, deslumbrando sus ojos.

El sol dejaba ver sus primeros rayos, colándose por las rendijas de la ventana. Caín abrió los ojos y se levantó. Caminó hacia la venta, tomó la manija y la abrió.

—El sol... —dijo Caín, al darse cuenta de que seguía en su casa. Su maldición no había terminado. Después de todo, ser inmortal es para toda la vida...

**Jose David Correa Rodríguez**

# **CATEGORÍA EGRESADOS**



# Ángel negro

Iluminado...

Así quedó mi rostro después de apagar la alarma del celular, la misma que sonaba cada día, con la misma melodía, a la misma hora — todos los días, el recordatorio de la esclavitud del ser humano actual a la tecnología. En medio de mi cansancio rutinario, ¡madrugué un sábado a apagar la alarma!

Levitando...

Así quedé encima de la cama; todo el sueño que tenía se había ido. Aquel trompetazo en el naciente día fue suficiente, un estruendo devastador para iniciar mi fin de semana. ¿Qué más podía hacer aparte de hablar conmigo mismo e imaginar qué desayuno preparar? El hambre también se despertó a esa hora.

Abrasador...

La estufa me recibía con todo su calor, una invitación para volver a la cama. ¡¿Pero para qué?! Ya estaba de pie, ya estaba calentando una leche para montar unos panqueques, ya estaba picando algo de fruta y mezclándola con la granola, en un bol con yogur. Entonces, ¡¿para qué devolverme a la comodidad de mi colchón, a mis cálidas sábanas, a mi almohada con suavidad precisa, si tenía hambre?!

Calmado...

Tomé asiento en el comedor, que daba a la cocina. Por fortuna, estaba haciendo un inicio de jornada soleado. Mientras revolví el chocolate en polvo en el resto de la leche hervida, en aquel pocillo que decía: “Para el mejor Negociante Internacional”, veía por la venta cómo las nubes daban paso a un cielo azul celeste, puro, y hacía tiempo para que la bebida se enfriara, pues ¡no me gusta la comida caliente!

Impactado...

Nunca me hubiera imaginado que aquellos panqueques iban a quedarme tan exquisitos. Era uno de esos momentos de la vida que quisieras que fueran grabados, presenciados por otras personas, disfrutados con alguien más. Pero aquella mañana calurosa, que se iba imponiendo, fue otro recordatorio —como la equis en mi calendario— de que estaba solo y de que ¡aquel sábado iba a ir a la Fiesta del Libro!

Sabiduría...

Esperaba encontrar en el Jardín Botánico aquellos libros que me hicieran ir a otros mundos, vivir en otras pieles, sentir nuevos paisajes, percibir nuevas personas. Pero debía estar preparado, pues en pijama y con la boca sucia no habría sido la mejor pinta para parchar en dicho evento. Qué mejor momento era aquella mañana, con tiempo de sobra para reposar el desayuno previó a un baño; pero qué aletargado se hacía el paso de los segundos en soledad.

Ágil...

Me desplazaba por el baño, mientras me cepillaba; me acicalaba el cuero cabelludo con champú; abría la ducha para que el calentador hiciera su trabajo con el agua. Parecía una danza la que practicaba

en ese cuarto blanco, un ritual previo al apareamiento. Yo y la soledad, como todas las mañanas, como todas las tardes, como todas las noches. “¡Para qué tanto afán!”, pensaba mientras restregaba mi cuerpo con el estropajo, mientras quitaba la piel muerta de mi cuerpo, mientras quitaba la ansiedad del alma.

Tranquilo...

Salí del baño con un aura renovada, como si alguien esperase por mí al otro lado de la nube de vapor, sin importarme quién fuese. Con mucha atención a mis pasos, me dirigí a mis aposentos, donde la cama me llamaba a soñar, el celular a chatear, el portátil a trabajar y la ropa a parchar. Desodorante por aquí, crema por allá, un poco de loción en la cara y un poco de perfume en las mangas. Mi percha se iba completando, mientras la mañana se iba acabando.

Bendición...

Antes de salir, un ademán con la mano derecha atravesaba el frente de mi cuerpo, siempre encomendado, nunca abandonado. Si algo tenía claro era la premisa, la filosofía, la idea de que Dios nunca me dejaba solo, a pesar de mis deslices, a pesar de quedarme quieto en su camino, a pesar de dar “mi brazo a torcer” tantas noches frente a la pantalla del computador, aunque con la certeza de que Él me esperaba con los brazos abiertos. Pero la soledad humana era otra cosa. Un último chequeo: ¿llaves?, *ok*; ¿billetera?, *ok*; ¿tarjeta del metro?, *ok*; ¿celular?, *ok*. Qué más podría haber faltado aquel sábado, ¿no?

Tranquilidad...

Lo que yo quería sentir en ese momento eran mis audífonos, pero no los traía conmigo. Más distraído pa' dónde. Entonces, vuelva y entre al apartamento y busque aquellas culebras blancas que se saben

enrollar y desaparecer en cualquier bolsillo, en cualquier morral. Después de un breve rechequeo, cogí camino de nuevo. Aquel medio día tenía un *je ne sais quoi*, un cielo *full* azul, un sol con sus rayos amigable, un viento relajante y fresco, una tarde que se auguraba magnífica, mágica, entrañable.

Fugaz...

El metro con su velocidad no daba tiempo de pensar, mi cabeza se contoneaba al ritmo de la música en mis oídos, el *swing* de las paradas en las estaciones no frenaba el baile interior de mi alma. El anuncio de los altoparlantes de las estaciones pasaba desapercibido, mientras intentaba enfocar mi mirada miope en el paisaje local: montañas a mi alrededor, iglesias en cada barrio, las motos como hormigas debajo del viaducto. Con un pequeño aviso del asistente de viaje bastó para saber que había llegado a mi destino.

Especial...

Así me sentí. Apenas había abandonado la estación, con dirección al puente que estaba junto al centro comercial ubicado en frente al Jardín Botánico, cuando vi aquella sonrisa, más blanca que la luna llena; aquellos ojos, más claros que el cielo azul de aquel sábado; aquella piel afrocolombiana, más negra que la noche que inspiró a Edgar Allan Poe al escribir "El cuervo". Su cuerpo estaba engalanado con un corsé negro, con encajes, que evocaba una noche estrellada; además, llevaba una falda en capas, una red negra para pescar los más pecaminosos pensamientos y unas medias enmalladas que combinaban con el color de sus piernas.

Espacial...

Me sentí levitar, cuando su mirada se conectó con la mía, a pesar de que fuese un poco más baja que yo. Las botas negras de corte militar

que usaba, las cuales me trajeron memorias de tierra y selva, le dieron el empuje exacto para que aquel momento fuera certero. En el reloj de mi móvil habrán pasado menos de diez segundos, pero en mi recuerdo quedó grabado —cual pintura— aquel momento. Una sonrisa coqueta, amistosa, firmó aquella obra de arte, un *performance* efímero que no me abandonó en toda la jornada.

Estrambótico...

Su silueta estilizada, sacada del “Lago de los cisnes”, y su peinado con trenzas, magnificado por su nudo alto, formaban una imagen que no podía sacar de mi mente. Intenté focalizar mi atención en unos libros sobre mipymes y emprendimiento, pero la sonrisa de ella se atravesaba en mis pensamientos. Mientras almorzaba, la imaginaba sentada en frente de mí; cuando quise escuchar una conferencia, se me hizo casi imposible ponerle cuidado al expositor. El espacio se volvió mudo y me llevaba al puente de la estación, al preciso momento en que la vi.

Con frustración, me devolví a casa. No compré ningún libro, ni aprendí nada de las conferencias que presencié. Lo único llenador fue la cena que consumí antes de llegar a mi hogar: un waffle con helado. Pero algo cambió esa noche, por esa única noche: no me acosté solo, un “ángel” me acompañó al país de los sueños.

**Mario Julián Hurtado Figueredo**



## El lastre de ser gris

**N**egro llegó a su casa, un primer piso en alquiler, su quinto primer piso en alquiler en los últimos veinticuatro meses. Sintió tranquilidad al saber que Blanco, su mujer, aún no llegaba. Botó sobre la mesa de estudio, que también hacía las veces de comedor, una copia pirata de la novela *La rebelión de las ratas* del colombiano Fernando Soto Aparicio. El libro aterrizó en falso y golpeó una taza de café, que se dejó derramar por la superficie. Se mojaron las últimas páginas del libro, una suerte para Rudencindo. También se mojaron otros libros, unas cotizaciones en papel bond, una fotografía con fondo azul y una libreta de apuntes. Se había hecho un pequeño desastre allí; por fortuna, los restos del café espeso solo alcanzaron la mitad de la mesa, su mitad, esa parte que siempre estaba desaseada, a la que un charco de café poco o nada oscurece. Miró la mesa de cerca para confirmar que la otra mitad estuviera intacta. Pero vio un par de pequeñas gotas que alcanzaron las parcelas perfectamente organizadas de esa mitad, así que fue por un trapo a la cocina y limpió, casi haciendo una línea recta entre la sección que demanda respeto y la suya. Dejó el trapo en su mitad.

“No hay café sin cigarrillo”, pensó, así que sacó medio paquete de la caja de herramientas que guardaba debajo de la escalera, un estratégico lugar. Negro no había tomado café; por el contrario, lo había derramado torpemente. Pero esto no importó, siempre encontraba

una buena excusa para meterse una bala de esas en la boca, por esos días cuando era menos. Botaba el humo por la ventana, mientras se repetía en su cabeza la melodía de “Inmune”, una canción de N. Hardem y Edson Velandia que un raperito se había subido a cantar en el transporte público. Estaba allí en su cabeza, haciendo eco, y sin saberlo sería la banda sonora de su siguiente escena.

Sonó la llave entrando en la chapa de la puerta. Llegó su mujer. Cerró la ventana con prisa y torpemente apagó el cigarrillo. Miró para todos lados, sin encontrar dónde botar la colilla. Abrió la ventana y la arrojó a la calle, y con ella todo el aliento que le quedaba en los pulmones, para disimular el olor a billar: tufo de cerveza, humo de cigarrillo y perfume de garitero.

Se saludaron de lejos, como lo habían hecho en los últimos tres meses. No le causó ninguna emoción verla, ni siquiera pudo despertar su empatía, esa que se había trasnochado haciendo carambolas sobre una alfombra azul de cuatro bandas. A pesar de su indiferencia, en el fondo algo le satisfacía. Después de todo, recuperaría su mesa. Ya basta de dividir por mitades, de ahora en adelante todo sería para él solo.

Blanco colgó las llaves en el perchero. Entró en la sala, se quitó la chaqueta y la guardó dentro de un costal, junto con otra ropa. Avanzó con manía hacia el comedor, para confirmar que su mitad estuviera perfectamente limpia, y lo estaba. Sacudió las manos en el aire, como espantando humo, para hacerle saber a Negro que, claro, la jeta le huele a trago y la ropa a tabaco barato. Lo vio allí recostado sobre el marco de la ventana, viendo gente pasar, y recordó aquella foto que le tomó con su camarita desechable el primer día que decidieron irse a vivir juntos, exactamente en la misma posición, pero en otra casa, cuando estaba mucho más flaco y crespo.

Desplegó un par de cajas de cartón para armarlas, y empezó a empa-car cuidadosamente sus cositas del comedor. En esas, se encontró con el corcho de la botella de vino espumoso con el que habían ce-lebrado su primer paseo a tierra caliente. Recordó la bondad que la vida le ofreció aquella noche de música y agua caliente, recordó que se imaginaron como esposos y que bromearon con los nombres que les pondrían a sus hijos. Con nostalgia, detalló el corcho por unos instantes más, cuidando de sí para no dejar caer ni una lágrima. Dejó la pieza fuera de la caja, en el arrume de cosas por botar, y se enor-gulleció por la decisión que estaba tomando.

Se dejaría ya de distracciones, de noches sin pegar el ojo, consumida por inseguridades. Descansaría de esas fuertes discusiones cada dos días, de las faltas de respeto y atención, de los gritos innecesarios y del olor a cigarrillo. Pasó por su mente la vez que él la amenazó con escupirla en la cara, mientras discutían, y lo mucho que le había do-lido. Secándose las pocas lágrimas que habían decidido no aban-donar el ojo, se felicitó porque esta nueva etapa en su vida sería la oportunidad para iniciar su carrera militar. Vestir el uniforme era un sueño que ya mucho había aplazado, bien sea por estar criando hijos ajenos o por dedicar todos sus esfuerzos a construir un hogar para dos. Sintió mareo; entonces, fue por un vaso de agua a la cocina y se sentó a beberlo. Se preocupó. Al instante, recibió una llamada del conductor del camión que recogería sus cosas, y le confirmó la cita para las seis de la tarde.

Negro seguía mirando por la ventana cómo la colilla se deshacía a sí misma, poco a poco. Imaginó un reflejo. Deseaba dejar el marco y ocuparse en otra cosa, pero no quería darle la cara a su mujer, para no derramarse en llanto o transformarse en rabia. Se dio tiempo para pensar, y pensando detalló que por primera vez en mucho tiempo

pensaría por sí mismo, para él. Volvería a tomar decisiones, sin tener que consultarlas. Por fin, tendría la mesa completa y podría hacer y deshacer con ella. Finalmente, podría decirle que sí a las mujeres que de vez en cuando lo buscaban. Pensó que podría pasar un fin de semana a solas con sus padres, sin su mujer, sin que ella fuera el motivo de conversación. Sus memorias se fueron afinando. Recordó que alguna vez casi la escupe en la cara mientras discutían y que se lo hizo saber. Recordó también que nunca le pidió perdón. Su memoria evocó la tensión en los antebrazos, el dolor en la parte izquierda de la cabeza, los ojos hinchados sin haber llorado y las ganas de escapar, de irse lejos. Rememoró las ganas de atravesar la pared a puñetazos, de estrellar la puerta y de sentir dolor. El hombre lamentó su ira, lamentó estar a la deriva cada vez que esta lo visitaba y no estar entrenado para controlarla. Impacientemente, se rascó la cabeza, luego la ceja y, luego, la barba que recién crecía. Se desesperó. Empacó su encendedor en el bolsillo y decidió salir a la tienda por una cajetilla.

En su tránsito, la pareja se encontró justo en frente de la cocina. El uno le reprochó al otro alguna cosa. Ya no se soportaban, buscaban cualquier excusa para atacarse y presumir la mejor ofensa. Estaban agotados de negociarlo todo, de ceder en todo, de joderse la vida. Se gritaron y manotearon. El uno se le rio en la cara al otro, y este le reprochó sus cicatrices, esas que tanto le dolían. Qué bajo. Blanco le tiró un vaso de vidrio a los pies, y Negro le respondió pateando los pedazos de cristal para todo lado. Que se acabe esto, se hacen un favor. Vemos ya que el amor no todo lo puede.

En medio de esta tensión, la discusión tuvo algo de nostalgia, pues quizá sería la última. Pasaron unos diez o quince minutos, y Negro estaba al borde de sus impulsos más primitivos, sabía identificarlos, y por ende necesitaba escapar. Salió de la cocina rumbo a la puerta.

Blanco seguía teniendo el turno de su sermón, mientras buscaba en cuclillas una escoba para barrer las esquirlas de vidrio. Cuando levantó la cara, Negro ya se había ido por cigarros.

Sintió un vacío en el estómago, náuseas que la obligaron a soltar la escoba, dejarse de bruces y vomitar sobre el lavadero. Se hizo una moña y rompió en llanto. Desde hace algún tiempo, tenía una sospecha que se negaba a comprobar, siquiera a reconocer. Se dirigió al baño y buscó la prueba de embarazo que había comprado y guardado hacía dos días en su bolsa de maquillaje, un estratégico lugar. Se desnudó de la cintura para abajo, se sentó en el inodoro y con el dispositivo entre las manos se agarró la cabeza en sollozos, sudando como nunca. Aprovechó que sus manos estaban juntas e intentó rezar, pero no pudo. Temblorosa, usó los dedos de las manos para contar y recontar varias veces sus días de retraso, sus días más fértiles del ciclo y el tiempo que pasó desde la noche en que se había acostado con Negro la última vez. Los cálculos no le daban. Sin embargo, no tenía mucha claridad en ese momento como para confiar en ellos. No paraba de llorar.

Se realizó la prueba, y el resultado de esta, como si de un renacer se tratase, la recompuso. Qué singular disonancia. La mujer dejó de sudar y una claridad casi espiritual la cubrió toda. Extrañamente sintió paz y determinación. Ese momento, adornado con una privacidad absoluta, pareció llevarla a un universo paralelo, uno que jamás había dimensionado. Mientras se miraba en el espejo con el cuerpo de perfil, escuchó a Negro volver de la tienda. Salió del baño y, buscándole los ojos, le pidió un minuto de su celular para llamar al camión y cancelar la cita.

**Sebastián Alonso Rey Díaz**



# Plaza de Mayo

**A**l igual que todas las mañanas, Miriam llegaba a la plaza hablando de la empuñadura de su carrito. El sonido alertaba a los más cercanos, pero, luego de mirar de quién se trataba, bajaban la mirada y la confundían entre el gentío que a esas horas buscaba alivio del frío. Entre el polvo, los gritos y cachivaches, ella se sentaba en un banquito muy tranquila a vender sus flores. Sonreía a todos, así como su mamá le había enseñado; trataba con sumo cuidado cada una de las rosas, las margaritas y, a veces, muy de vez en cuando, los tulipanes. Tal y como le habían enseñado. Sin duda, podría decirse que, con el tiempo, había tomado no solo los mismos gestos, sino también la mirada y hasta las ropas de su madre.

Allí se le pasaba el tiempo, cumpliendo con juicio la única labor que conocía. Siempre prefería hacerse cerca de la pirámide, pues sabía que, si las mujeres se organizaban, irían frente a la Casa Rosada a reclamar por sus hijos, como ya era costumbre desde hacía muchos años. Así que desde muy temprano ofrecía su pequeño jardín a los bonaerenses en el centro de la plaza; y de lejos, de vez en cuando, escuchaba tanto las arengas de aquellas mamás, como los insultos y la represión de policías que intentaban silenciarlas.

No muy lejos siempre estaba yo, esperando a reunir las fuerzas suficientes para algún día acercarme, hablarle y decirle que se fuera conmigo lejos, muy lejos de aquellos gritos y del peligro al que se

exponía; que dejara las flores argentinas y zarpara conmigo al otro lado del mundo. Pero en el fondo algo me decía que no era buena idea, pues la vida de un marino es tan revuelta como el propio océano. Haberlo hecho, hubiera sido dejarla a la deriva en la mitad del mar cada vez que tuviera que partir lejos de cualquier lugar.

En las tardes, cuando ya los enamorados se entraban y los señores volvían cansados de sus trabajos, ella recogía sus cosas, halaba de nuevo el carrito y se perdía entre las calles que nutren la ciudad. A veces me quedaba allí, esperando a que amaneciera, para verla de nuevo a Miriam; en otras ocasiones, en cambio, me agarraba de la parte trasera de camiones buscando llegar al puerto. Todo dependía de si un barco zarpaba o no, todo dependía de a dónde llegaría aquel navío, todo dependía de si volvía de aquel país o no... Nada era seguro y por eso aguardaba, entre el frío o el calor, su regreso, porque era usual que pasara meses lejos de ella, sin ver sus ojos. Me acostumbré a compartir el calor con los vagos que deambulaban cuando arreciaba la noche, o a mentir contando cualquier historia en medio del verano. Cuando estaba en el mar, al contrario, buscaba entre las estrellas el oleaje hacia el sur, hacia donde ella estaba. En muchas ocasiones, y de todo ello es testigo el propio mar, la lloraba, anhelando tenerla entre mis brazos y decirle lo mucho que la amaba. Entre lágrimas se me pasaban las semanas y los meses atando cabos, limpiando estribor y moviéndome a la deriva de mi propio ser para, al final, siempre volver a la capital, buscándola desesperado, seguirla y quererla en el silencio de la distancia.

Para mí no fue fácil hacer todo lo que hice para estar cerca de ella. No obstante, me fue sencillo entender que yo no era nada más que un vaso vacío en medio de una vajilla llena de comida. Era comprensible,

pero vaya que dolía. Aquella tarde del 20 de diciembre todo cambió para mí.

Como lo acostumbraba a hacer, la miraba vender sus flores tan tranquila en medio de la plaza. De un momento a otro, un par de policías arrastraron a una piba que vestía de rojo. La pobre gritaba desesperada. En menos de cinco minutos, el espacio fue ocupado por mujeres con pañuelos blancos, preguntando a gritos por la ubicación de aquella chica. No miento cuando digo que luego se unieron más y que todas ellas realizaron una cadena para retar a los hombres que con porras y montados a caballo comenzaron más tarde a golpearlas y a lanzarnos gases para que nos fuéramos. Pero antes que todo ello ocurriera, vi a la Miriam mirar con amor a un pibe de su edad. Hablaban cuando la refriega empezó. Todos corrimos hacia el otro lado de la calle. Pese a los gritos y el desorden, no la perdí de vista. Al final, terminamos todos dentro de un bar, a un par de cuadras de donde se escuchaban las bombas estallar y los carros pasar a toda velocidad. Miriam sollozaba entre los brazos del muchacho. Él la tomó de las manos y la besó con pasión, intentando, en el fondo, calmarse también. Eso rompió mi corazón, pero no podía hacer nada, era lo natural. Ambos se sentaron en la mesa más lejana de la entrada, y ahí, frente a mí, sellaron su amor. Un rato más tarde salí caminando hacia la plaza, ya controlada por los policías. Me miraron con desconfianza e incluso alguno me apuntó con su arma. Le dije al tipo que yo no era nadie; luego, me gritó que no me le volviera a aparecer.

Caminé hacia el puerto. No sé con certeza cuánto tiempo pasó, pero en la noche tomé la decisión de irme para siempre de Buenos Aires, y no volver a la tierra que me había visto crecer, amar y sufrir. Debía

dejar atrás a la Miriam, mi hija, quien ya tenía quince años y había aprendido a vivir sin mi amor.

El siguiente barco zarparía el 15 de enero a Bilbao. Tenía muy pocos días para despedirme de todo aquello que conocía y, a la vez, me era tan lejano. Fui a la plaza por última vez, con la intención de verla, pero me encontré con Alejandra, quien me reconoció pese a que mi rostro y cuerpo ya no eran los mismos que la abandonaron siendo ambos tan jóvenes. Nuestras miradas lo dijeron todo. Ella abandonó las rosas, las margaritas y los tulipanes que toda su vida había vendido y me abrazó, como antes.

Esa fue la última vez que pisé la Plaza de Mayo. Jamás las volví a ver, tampoco al mar, ni a mi ciudad. Estoy tan lejos de todo que tengo la sensación de no hacer parte de nada. Sé que, si vuelvo, para mí... para mí ya no habrá piedad.

**Norman Andrés Quevedo Socha**

# **CATEGORÍA DOCENTES**



# Frida Miaurcedes Ronrona

**U**no. Todo, absolutamente todo cambió cuando se me aflojó el diente del frente mientras me cepillaba las muelas haciendo muecas perezosas frente al espejo. Ahí lo supe: la vejez venía de frente a toda velocidad, como si de un remate de Maradona —dirigiéndose a mi cara— se tratase.

Dos. Después, la vida fue un vórtice de dolencias ínfimas pero significativas: que me duele el carcañal cuando camino una cuadra, que el hombro derecho me molestaba cuando escribía las notas de clase en la parte alta del tablero, que la gradación de las gafas ya no me daba para leer de cerca, pero leer de lejos era toda una experiencia psicodélica; que a la noche el latido del corazón me susurraba en el oído izquierdo y que a las cuatro y treinta de la mañana me despertaba con la energía exaltada que me faltaría a las once, antes del recreo, mientras les daba a los chinitos de tercero la clase de fraccionarios.

Tres. La última vez que me quedé dormida en el salón, los niños decidieron quedarse en un profundo silencio con un objetivo en mente: en vez de hacer sus fraccionarios, como lo había dispuesto con tizas de colores en el tablero, hicieron figuras de origami de mil formas para apilarlas sobre mi cabeza mientras les roncaba durante toda la clase. La torre se derrumbó cuando la campana de salida me despertó de un sobresalto, y las risas de mis estudiantes me rodearon

como me rodearon los barquitos, las flores y los colibríes de papel, que cayeron a mi alrededor.

Cuatro. Mientras Frida Miaurcedes Ronrona —una gatita calicó que había llegado a mi casa hacía tantos años que ya no recordaba— me observaba desde la encimera del baño, yo me miraba al espejo embobada y triste los surcos cada vez más profundos alrededor de los ojos, haciéndome masajes en las mejillas como si pudiera volverlas a poner arriba, donde debían ir. Me miraba el diente que se iba aflojando más causándome un terror del que no lograba escapar.

Cinco. Cuando pasaba por el centro para ir a pagar algún servicio o hacer compras, me congelaba frente a la vitrina de la *boutique* de belleza haciendo cuentas de los días que faltaban para poder pagar las cremas milagrosas que prometían borrarle las arrugas. Pero al llegar el pago, algo sucedía: así como a mí se me había aflojado el cuerpo, a la mesa se le había dañado una pata, al lavaplatos le gotteaba un tubo, a la lámpara se le había dañado el interruptor o a Frida Miaurcedes Ronrona le había dado, de nuevo, un resfriado.

Seis. Poco a poco me fui restringiendo cosas que me daban profundos placeres, pero que favorecían mis arrugas y mis temores. Dejé de fumarme el cigarrillo antes de dormir; dejé de tomarme el café de las siete de la noche porque me causaba insomnio y, por eso, me levantaba en la mañana con los ojos abultados, y dejé de ponerle azúcar a la papaya del desayuno, porque en algún lado oí que eso me subía de kilos.

Siete. La jornada empecé a ejecutarla con una minuciosidad militar que era extraña a mi carácter despreocupado. Me despertaba a las cuatro y media de la mañana, me alistaba, tomaba mis pastillas del colesterol y la tiroides antes de salir, y salía a las cinco de la mañana

rumbo a la escuela, donde entraba a las siete de la mañana, pero me iba caminando para quemar calorías según lo que decía la revista de mujeres que había encontrado en el banco la semana anterior.

Ocho. En los recreos dejé de recibir los dulcecitos que con cariño me brindaban los chicos y empecé a regañar a las niñas que se quedaban sentadas echando chisme y comiendo, en vez de mover sus cuerpos. Confieso que verlas ahí sentadas sin que les doliera el carcañal al caminar me daba una profunda rabia que no podía comprender. A la salida, retomaba de nuevo mi camino a casa caminando, y refunfuñaba por el dolor que sentía en el pie. Al llegar, corría a tomarme tres vasos de agua, porque eso le había escuchado a un doctor en la radio hacía tres días, y después tibiaba el agua porque se lo escuché a una nutricionista en televisión la semana que le siguió.

Nueve. A eso de las cuatro de la tarde me daba el tiempo para sentarme en el sofá perezosamente, dejándome acariciar por la luz dorada del sol, permitiéndome amodorrarme por su calor mientras por entre la rendija que dejaba de la puerta del balcón se me cernía una brisita fresca que me acariciaba la siestecita reparadora. Apenas cerraba los ojos, Frida Miaurcedes Ronrona se me acostaba en el vientre a hacerme masitas y ronronear para compartir el sueño conmigo.

Diez. A las cinco de la tarde me levantaba afanada por ir al baño y volvía y me tomaba otros tres vasos de agua tibia, y, aprovechando que el sol había bajado, me iba caminando hasta el centro para ir ya no a la panadería por el roscón de arequipe que tanto me gustaba, sino a la frutería por una guanábana o una sandía que me ayudara a bajar de peso, pasando sin falta por la *boutique* frente a la cual me quedaba haciendo cuentas de cuántos días faltaban para que en el siguiente pago pudiera comprar esa crema milagrosa, si algo más no se dañaba en casa.

Once. Cuando regresaba, alistaba la ropa del día siguiente en vez de fumarme el café de la noche, y me embutía frutas con agua en vez del roscón, y para perder peso hacía ejercicios de gimnasia antes de dormir, guiada por un libro para perder peso que había encontrado en la biblioteca y al cual había sacado copias. Frida Miaurcedes Ronrona me miraba desde lo alto de su palacio de gato y bostezaba perezosamente hasta que yo decidía dejar de hacer mis ridículas posturas en la mitad de la salita.

Doce. No sé cuánto tiempo mantuve la misma rutina, pero empecé a notar cambios con los que me sentía entusiasmada: dejé de verme tan arrugada en las mañanas, empecé a levantarme con los ojos menos abultados, empezó a bajar el dolor del carcañal y del hombro y el susurro del corazón en el oído dejó de trasnocharme. Entonces, decidí ir más allá y bajarle a la fruta porque leí en otro libro que era pura azúcar; así mismo, no volví a tocar la remolacha porque engordaba, subí a nueve los vasos de agua, empecé a trotar camino al colegio y de repente un día entré a la *boutique* y compré la crema milagrosa con la que me embadurnaba la cara, el cuello, el pecho y, después, casi todo el cuerpo.

Trece. Sentía que estaba recuperando la juventud y atrapándola entre las manos. Mis compañeras del colegio me elogiaban y me convertí en su consejera de belleza. Pronto decidí que en los recreos haríamos ejercicios con las otras profesoras, venciendo el juicio de los estudiantes y convenciendo a las niñas de unirse a la actividad. Con los días, las madres empezaron a notar los cambios y preguntarnos por el secreto; al mes Amandita, la profe de español, se hizo novia del papá de Bartolomé, el señor Batista, que era viudo. Un mes después se armó problema porque Claudia, la profe de biología,

se enredó en amoríos con el papá de Susanita, de cuarto, y la mamá fue hasta el colegio y armó el boroló.

Catorce. Unos días después me hice un corte de cabello moderno con el que me sentí renovada y más animada, y a los pocos días me atreví a comprar una camisa ceñida que vi en una revista de venta por catálogo de mi vecina. Al mes, me enamoré de una chaqueta de corte atrevido que resaltaba mis caderas, y la compré. Me sentía de veinte de nuevo, y, animada por Amanda y el señor Batista, salí por unas copas el viernes de San Patricio.

Quince. Esa noche, el señor Batista me presentó a Fausto Viaconte, un comerciante sin hijos que se había divorciado hacía quince años. En medio de los tragos y la charla sobre sus viajes por el mundo, el arte y los negocios, me enrolé en una fugaz aventura de una noche, que me mantuvo despierta hasta la madrugada, entre bailes, licores de colores y coqueteos.

Dieciséis. Como todo un caballero, Fausto me llevó hasta la entrada de mi casa y prometió pasar por mí en la tarde para llevarme a un lugar espléndido para almorzar. El reloj de la mesita de noche marcaba las tres y treinta de la mañana cuando me desplomé sobre la cama y quedé dormida, extasiada y feliz.

Diecisiete. Cerca de las once de la mañana me desperté con algo de resaca. No me había dado cuenta de que, en medio de la ebriedad de mi llegada, le había cerrado la puerta de la habitación a Frida Miaurcedes Ronrona, quien no había podido pasar la noche a los pies de mi cama como acostumbraba. Me levanté con una resaca culpable pero satisfactoria y puse sobre el fogón la cafetera; mientras empezaba a burbujear, me fijé por la terraza si veía a mi gatita

tomando el sol sobre alguna teja vecina. Cuando estuvo el café, me senté a elegir el atuendo para asistir al almuerzo con Fausto, decidiéndome por un vestido de corte en A con un estampado de lirios amarillos y beis. Fausto, cuyo nombre me algononaba los pensamientos y me hacía sentir que flotaba entre pétalos de rosa y brizna de oro de agosto, tocó a mi puerta a las cuatro de la tarde, y yo salí a su encuentro ligera de felicidad.

Dieciocho. Fausto aparcó su auto, y, dándole la vuelta, abrió la puerta y me extendió la mano para que descendiera, llevándome de su brazo, como si fuera una pasarela hacia el interior de La Belle Époque, donde tenía la mesa más bella, al lado del ventanal, reservada para nosotros. No cabe duda de que Fausto quería impresionarme pues, de entrada, pidió los “Moules au vin blanc et truffes”, mejillones humeantes servidos en una enorme fuente, bañados de una salsa apetitosa y adornados con ramitas de perejil fresco y estragón, que expelían un aroma que alborotó inmediatamente mi apetito. Fausto, en un gesto romántico, tomó una de las conchas y me acercó un bocado que, al recibirlo, se llevó de un golpe mi diente: mi diente frontal. La sangre empezó a salir a borbotones, manchando mi vestido frente a Fausto, quien me miraba con sus enormes ojos grises espantados, mientras la gente en la ventana se impresionaba por la escena. Rápidamente me levanté de la mesa y salí corriendo de La Belle Époque con todas mis fuerzas, dejando atrás los tacos de los zapatos sobre el pavimento, dejando los autos con sus bocinas pitando en las esquinas, dejando que mis lágrimas barrieran con el rímel y la vergüenza que me consumía, sin detenerme y sin parar hasta que llegué a mi casa y cerré detrás de mí la puerta, jurando que nunca más volvería a salir. Me metí al baño y enjuagué mi boca. Mientras lloraba con angustia por mi pérdida, me miré al

espejo deforme, mutilada, vieja de verdad. Luego de dos horas, tal vez, pude controlarme y ver a través del reflejo algo que colgaba del palacio de gato de Frida Miaurcedes Ronrona: su colita de manchas amarillas y negras, inmóvil, que asomaba, caída desde la puerta.

Diecinueve. Diecinueve años tenía Frida Miaurcedes Ronrona de haber llegado a mi vida, y no había podido escapar de la vejez y la muerte, ni con cremas, ni ejercicios, ni vestidos elegantes que, tal cual como mi diente y mis arrugas y mi edad, solo contaban que un día a Frida Miaurcedes Ronrona en su palacio de gatos y a mí, en mi baño, la vida se nos fue.

**Beatriz Irene Romero Cuéllar**



## Carta para después del fin

**D**esaparezco. Cansado de esperar su llegada me escondo tras las entrañas del cadáver de mi madre. Hace 233 meses espero que regresen. Me dijeron que irían por ayuda y luego vendrían por nosotros. Hasta ahora no ha pasado nada. La guerra terminó, y con ella se fueron muchos recuerdos y sufrimientos, pero llegaron otros nuevos. El amanecer ya no es azul como antaño; ahora se torna rojo como si alguien se hubiera cansado de las nubes y hubiese decidido tomar toda la sangre regada por la batalla de aniquilación del género humano para teñir completamente el firmamento. En las mañanas los rayos solares iluminan la tierra como un inmenso semáforo que nos indica que debemos parar, ya no unos minutos para esperar a que pasen los otros sino para siempre. La raza humana, la creación más perfecta que haya poblado la Tierra debe extinguirse, ser eliminada. Unos pocos como yo nos resistimos a ello. Preferimos la soledad de la eternidad en lugar de desaparecer para siempre. De una raza de billones hemos sobrevivido solo un par de miles, y la vida no nos alcanza para conocer el mundo que a nuestros pies se extingue. Las flores han aprendido a vivir marchitas, ya no se retuercen en la eterna búsqueda de la luz, simplemente languidecen a causa de su desdicha y se quedan allí para recordarnos lo estúpidos que hemos sido. Son la prueba fehaciente de una raza que jugó a ser Dios y perdió, lo perdió todo incluso la posibilidad de ser recordada, pues ya no quedan pergaminos por manchar o registros por

llenar. De nada nos sirvieron años y años de evolución, durante los cuales logramos superar la naturaleza a través de la manipulación de lo material. Ya no nos sirve la última supercomputadora, pues no existen datos que procesar; ya no nos sirve el exprimidor de naranja, pues ya no existen frutos que comer.

Los que quedamos o, a mi modo de ver, los elegidos nos hemos estado alimentando de los cadáveres más frescos: hemos bebido su sangre como si fuese agua; gracias a ella hemos aprendido a vivir como vampiros, pues la luz del día se nos ha vuelto insoportable. En los mejores banquetes nos comemos las vísceras de los que alguna vez fueron nuestros amigos y familiares. Incluso tenemos nuevos platos: el filete de corazón en salsa carmesí es el que más nos gusta. Delicioso, ¿no? Bueno, es lo que tenemos para comer. Cada uno de nosotros ha jurado servir de alimento a los demás hasta que el penúltimo de nosotros muera. Creo que va a ser dentro de poco, pues nos estamos desplomando como un castillo de naipes; el viento huele a muerte, nos sacude como hojas secas e intenta llevarnos. ¿A dónde? ¿Acaso al más allá? No creo. Si fuera al más allá, los otros, los que ya no están, hubieran intentado rescatarnos, pues este suplicio no le es deseable a nadie. Ya no existen úteros en los cuales podamos dormir, pues no hay mujeres ni hombres, sino simplemente seres conscientes de sus desdichas que se niegan a morir en vano. Hemos perdido la posibilidad de reproducirnos y el placer de poseernos, por eso pereceremos. Ya no recuerdo lo que fui en el pasado, si macho o hembra, ni qué gusto sexual tenía. Soy un ser amorfo, sin sexo y sin memoria. No sabemos qué paso, pero de lo que sí estoy seguro es de que nosotros permitimos que el cielo se pintara de rojo. Aun a pesar de las visiones apocalípticas que tantas veces recreamos para entretenernos, nunca estuvimos preparados para enfrentar el fin. El fin de

nosotros, el fin de todo lo que fuimos, ni la imposibilidad de lo que anhelamos ser. Entregados al placer, destruimos todo lo que habíamos creado. Un millón de años pasarán hasta que la vida regrese al planeta. Ya no estaremos ni seremos recordados. Buscábamos la verdad y perdimos su posibilidad. Todas las veces que nos quebramos el culo leyendo y relejendo miles de textos apiñados en bibliotecas polvorientas no sirvieron para nada, solo para llenarnos la cabeza de lombrices que nos cagaron el cerebro y nos hicieron olvidar el origen secreto de nuestra eternidad.

En todo ejercicio de poder siempre existe un ejercicio de resistencia que también es poder. Resistir a la muerte parece ahora nuestra única relación posible. Quizás mañana muera el último de nuestra especie. El poder, que antes era el gobierno de la vida, se ha culminado así mismo. Ahora siempre será la muerte, la aniquilación total. Nosotros los últimos, quienes recorremos el fin, resistimos escapando con temor. Ella, elle, él, la muerte o el último poder camina entre nosotros e incluso nos da recetas para preparar nuestra comida. Yo la veo como una mujer a quien deseo. Mis compañeros de viaje le otorgan otras formas: ángel salvaje o perro que ladra o anciano que ríe o robot que controla o árbol andante o fruta sangrante. Todos vemos muerte en múltiples formas macabras. La deseamos y rehuimos, pues no queremos dejar de ser. El capricho de seguir siendo humanos mantiene firme nuestra voluntad, aunque con ella tengamos que atravesar la aridez infernal de lo que ya no puede ser. La vida ya no nos sirve, no nos alcanza para reconstruir el mundo pues, como lo he dicho, olvidamos el secreto de la eternidad. Sobrevivimos en los márgenes de la descomposición humana... somos menos que nada, y los Dioses nos miran con desprecio y se ríen, se carcajean tanto que sus alaridos retumban en todo el universo.

Se burlan, pues disfrutan de nuestra desgracia, disfrutan de la tragedia-comedia en la que se ha convertido nuestra existencia.

Este es el fin, el último acto de la humanidad. Una puesta en escena que se prolongará hasta el último aliento de cualquiera de nosotros. Quisiera ser el testigo de ese *grand finale* y que se me concediera la posibilidad de un epílogo. Saber lo que seguirá después de nosotros. Mientras tanto continuaré esperando en las mañanas restantes de esta inevitable brevedad a que ellos regresen. De pronto cumplen su promesa y nos llevan a un lugar mejor, donde por fin seremos algo que trascienda a nuestra decadente humanidad.

**Johnnier Aristizábal Santa**

## Menos su nombre

Él se levantaba todas las mañanas recordándolo todo, la cantidad de estrellas que había visto la noche anterior, el número de vehículos que pasaban frente a su casa, las placas de los taxis que visualizó en el camino: FGY879, MJH098, DTN452. Le gustaba retar a su memoria, aunque no tenía manera de verificar si realmente había guardado todos los datos que en el camino recopilaba.

Se preciaba de todo eso. Hasta que un día recordó que, en su infancia, su tía Gertrudis había adoptado cuatro gatos: Pelusa, Marbel, Denis y Zuán. El primero había nacido un 15 de marzo y era de color marrón; la segunda, un 5 de agosto y era negra con pintas blanca; la tercera, totalmente blanca, tuvo la suerte de salvarse de un parto múltiple fallido el 31 de octubre, por eso le decían la bruja, y el menor nació el mismo día de su cumpleaños, un 7 de abril.

Ese 13 de diciembre se levantó a las 6:15 como de costumbre, arregló su cuarto y contó las cuatro cobijas, así como los cinco cuadros que tenía en cada una de las esquinas. El rosa por encima del gris, el gris por encima del azul. Recordó las medidas exactas de su sábana: 2 x 1,50 m. La prefería grande, por si se caía de la cama, de tal modo que quedara bien envuelto y nada pudiese contagiar su cuerpo lleno de heridas producto de tantas caídas que había tenido en su existencia. Revisó los dedos de sus pies: estaban completos, las uñas y

los lunares, exactamente 472 distribuidos por todo su cuerpo, incluidas las pocas pecas que tenía en su rostro.

Todo lo recordó, menos su nombre. Se miró al espejo para encontrar alguna señal de cómo se llamaba. Se observó en los recuerdos de sus abuelos, de sus padres, de sus hermanos, pero no halló por ninguna parte vestigio alguno de esa identidad perdida, con la que quiso algún día ser lo que no era. Si de algo podía preciarse era de guardar entre esos recuerdos la imagen de sus ancestros, los caminos que recorrían, el arado, la tierra, la siembra y el destierro. Todo lo recordaba como si fuese el dueño de sus historias. Pero, sin saber las razones, no encontraba recuerdos de su nombre.

Recordó también que, hacía una semana, se le habían perdido los documentos en el bus que lo dejaba a una cuadra de la casa. Cuando se bajó en el paradero, se percató del peso liviano de sus bolsillos. Infructuosamente, fue hasta la empresa de transporte y esperó el ómnibus de placas ERL209, al cual se había subido, para ver si lograba recuperar su billetera, pero no halló ni una sombra de esta. Por su mente pasaron uno a uno los rostros de los pasajeros. Ninguno de parecía sospechoso. Bueno, reconocía que le era demasiado difícil sospechar de la gente.

Acudió a su biblioteca y revisó cada uno de los libros, para ver si en alguno se reconocía su nombre, pero todos tenían un nombre diferente: Carlos, José, Fernando, Tomás, Antonio. Recordó que José era el amigo que vivía en la Carrera 4 con Calle 2 del barrio Altos de Cupino, en Puerto Colombia, y que a él no le gustaba leer, por eso le había regalado una buena parte de su colección. En verdad, no podía gustarle porque jamás había pisado una escuela y por lo tanto el verbo *leer*, tan reconocido, no era para él nada trascendente. Recordó, también,

que Antonio era el que coleccionaba estampillas y que tenía en total 12.572, de las cuales 324 eran de Venezuela, 45 de Ecuador, 78 de Chile, 43 de México, 1.456 de diversos países de Europa y el resto de su amado país. Era un viajero apasionado, pero no por los libros. Poco le gustaba leer. Decía que su lectura eran las carreteras, los aviones, los mares y todo aquello que le deleitaba una vez salía de la patria. Con respecto a Tomás y Fernando, recordaba que habían fallecido cuando explotó la mina de carbón en la que trabajaban. Los libros le habían sido prestados por ellos, pero tuvo la osadía de no devolverlos. Al abrirlos, siempre recordaría cada rostro, cada conversación, cada copa de vino y cada silencio que la mina rompió en mil pedazos.

Se preguntó entonces si quizá uno de esos nombres era también el suyo. No le sonaban, no cuadraban con su rostro, con su mirada, con lo que pensaba y sentía en ese instante.

Decidió buscar entre los anaqueles escondidos de su archivador, pero ahí tampoco encontró su nombre. Cada anaquel tenía un nombre diferente finamente marcado con tinta china. El mirarlos le trajo a la memoria la letra de su madre, la fineza de los trazos y la delicadeza en marcarlo todo, por si algún día perdía la memoria.

“¡Chispas!”, dijo, “claro, mamá me recordará mi nombre”. No es que ella estuviera viva, simplemente él se dispuso a sentarse en su hamaca y traer a la memoria esos instantes en que la madre lo llamaba: “Hijo, la cena está servida”, “Amor, ya vengo, voy a comprar lo que falta para el almuerzo”, “Tesoro, ¿sabes dónde dejé mis anteojos?”. No. No era posible, en ningún recuerdo apareció su nombre. Todo, todo volvía a su mente. Todo, menos su nombre.

“¿Cómo no se me ocurrió antes?”, se preguntó. Encendió el computador, que llevaba en desuso más de un año. Obviamente no había

olvidado la contraseña. Pero era un enemigo radical de la tecnología. Decía que esta era una asesina de la memoria. Por eso no usaba móvil, pese a la insistencia de todos sus conocidos. Encontró unos correos que hacía un buen tiempo no usaba. Cinco correos en total: dos de las instituciones en donde había trabajado y a los cuales ya no tenía acceso, y tres personales: josejose.472365@gmail.com, Luisluis.9@yahoo.com y perezperez.6@hotmail.com. Entonces, dijo llamarse José Luis Pérez. Feliz, saltó de su asiento, organizó sus cosas, recogió sus libros y se fue.

Caminó las cuatro cuadras que siempre caminaba y contó los 987 pasos que siempre contaba. Luego, se detuvo en el semáforo, que acababa de cambiar a rojo, contó los 13 segundos que duraba (era el semáforo de más corta duración de todo el barrio) y se presentó en su oficina.

“Don Tomás, ¿cómo me le va?”, le dijeron. Asombrado, miró a su alrededor, pero no vio a nadie más. Era a él a quien saludaban. Recordó que debía presentar su carné para ingresar. Lo tenía en el último bolsillo del portafolio. Respiró con tranquilidad, porque ya podía descansar. Lo apretó con fuerza entre sus manos antes de detenerse a observarlo: todo estaba en orden: el nombre de la empresa, su puesto, la dirección, el teléfono. Todo, menos su nombre. Fue entonces cuando el sucio olor del carbón lo despertó.

**Martha Graciela Arias Rey**

# **CATEGORÍA ADMINISTRATIVOS**



# Tristeza y el fin

Su último día en la Tierra tiene que ser perfecto. Clara se levanta muy temprano, antes que la alarma suene, antes que Botas comience a rasguñar la puerta de su cuarto, poco antes que el llanto de la vecina del 902 comience a colarse por debajo de la puerta. Cinco minutos exactos pasa en la cama, revisando en su mente el plan que ha trazado para las siguientes 18 horas, y cuando llega al final de la lista decide quitarse las cobijas de encima y comenzar el día. Desayuno. Huevos revueltos y un delicioso chocolate con azúcar para ella, croquetas y comida húmeda de marca europea para Botas. No pudo conseguir fruta esta semana. En las pocas tiendas que quedan abiertas, tampoco hay espinacas, cebolla larga, carne, pescado o cerdo. De joven, nunca le gustó cocinar, pero desde hace unos años cosas muy simples, como prepararse el desayuno, se habían convertido en un placer que debería estar reservado para la más alta realeza.

Música. Chico Buarque, Elis Regina y Tom Jobim. Menos mal tuvo la paciencia de descargar su *playlist* favorita antes que Spotify dejase de funcionar, hace un mes. El fuego del gas calienta la sartén, mientras ella bate los huevos al ritmo de la más hermosa música del siglo XX, y todo parece ser perfecto, normal, casi que cotidiano. Clara siente cómo los sonidos que salen de su viejo parlante Bluetooth invaden todos los rincones de su apartamento de la misma manera y al mismo tiempo que el olor a chocolate y huevos. Un aroma a

música. Se sienta ahora a desayunar, mirando el amanecer desde su ventana. El sol aparece lentamente sobre los modernos edificios y su luz calienta el rostro de Clara. No hay ni una sola nube en el cielo, era un día perfecto.

9 de la mañana. Es la hora de calentar agua en la estufa para tomar un relajante baño de tina. En los diez años que ha vivido en este apartamento, solamente unas cuatro o cinco veces se ha dado un baño así; la escasez de agua y las carreras de la vida cotidiana nunca le dieron tiempo para detenerse y simplemente esconderse bajo el agua. Mientras contempla la olla calentarse, Clara piensa en las leyes de la termodinámica; al mismo tiempo, imagina el gas fluyendo desde el tanque hasta el quemador de la estufa y, finalmente, la combustión que produce esa hermosa llama azul. Calor. En su mente puede ver las moléculas de agua agitándose cada vez con mayor intensidad, bailando entre ellas cada vez más rápido, y su alma de científica se refugia en esta escena.

Clara se agradece a sí misma por el agua caliente y por la prevención que tuvo meses atrás cuando decidió comenzar a preparar el mejor último día del planeta. Fue en enero, hace ya medio año, que los camiones dejaron de llegar a la ciudad y que los buques de China arribaron a media carga. Fue en enero, cuando cerraron Shein, que ella comenzó a prepararse para el final. Ahora contempla el agua hervir y se siente orgullosa de haber sido tan prevenida. En febrero, se sentó en su estudio a hacer la lista de todas las cosas que necesitaría en estos últimos días: elementos de aseo, velas, los ingredientes para preparar su comida favorita, un tanque de gas y hasta consiguió la obra completa de Clarice Lispector, pues siempre quiso leerla y la vida no le dio tiempo. Fue lo suficientemente prevenida para dejar cargadas las baterías de su radio, del proyector de video y varias

lámparas; contrató internet satelital de alta velocidad; bloqueó las puertas de su apartamento y almacenó todos los abarrotes suficientes para sobrevivir cómodamente hasta el final.

El agua caliente de la tina le resulta relajante, y decide subir el volumen de la música para olvidar los sonidos que la moribunda ciudad aún ofrece. Botas la mira mientras ella toma el libro de Lispector y comienza a leer. Todavía no ha pasado de la primera página, cuando una sensación muy extraña le recorre todo el cuerpo. Sus manos y sus pies ahora saben que ella nunca acabará de leer las 600 páginas, tampoco que existen demasiadas historias que nunca conocerá, que aún le faltaban muchos más libros por leer, muchos más discos por escuchar, más lugares que visitar, más personas... Por Dios, Clara se da cuenta de que le hará falta vida para ver más telenovelas coreanas. ¿Por qué no vio más telenovelas coreanas? Una lágrima rueda y se confunde con el agua de la tina. Clara recuerda que no tiene sentido sentirse así, pues la vida es para vivirla y el llanto no trae nada bueno a la existencia. Decide salir de la tina para ahuyentar los pensamientos oscuros y comenzar a arreglarse para el fin. Botas sale corriendo del baño, como si quisiera evitar ser salpicado por el agua que cae del cuerpo de Clara al suelo.

A las 11 de la mañana comienza a preparar su última comida. Atraídos por el olor, algunos de sus vecinos tratan de romper la puerta del apartamento, pero las sólidas rejas que instaló logran mantenerlos a raya. Hace unos meses, pensó en comprar un arma, mucha gente lo hizo, para protegerse en estos últimos días, pero un revólver no puede hacer nada en contra del armagedón. Las rejas mantienen a los que hasta hace poco tiempo eran sus vecinos y amigos alejados de los pocos recursos que tiene para su supervivencia. Las rejas también han terminado con los paseos que Botas se daba por todos los

balcones del edificio, pero esto es un pequeño precio que se paga por la tranquilidad de la que ahora ambos gozaban.

Mientras la sopa hierve en la estufa y Elis Regina canta a los jóvenes de su tiempo, Clara mira por la ventana el paisaje de la ciudad. Escucha a lo lejos el sonido de otra música, un acordeón que seguramente alegra la última fiesta de la humanidad. Apaga la música y decide encender su celular; quiere tener noticias del mundo, quiere revisar si en Ámsterdam están drogándose o si en el Tíbet están rezando. TikTok todavía funciona, pero está lleno de videos de la semana pasada; con los servidores locales caídos, muchas personas no han podido entrar a actualizar el contenido. Entra a un Live de unos niños en Mauritania que rezan en francés —apenas entiende las palabras que dicen—, pero el contexto de lo que le está sucediendo le queda muy claro.

Clara no quiere pensar, no quiere sufrir, no quiere llorar en su último día. Suficientes lágrimas ha derramado en toda su vida: lloró el día que murieron sus padres, el día que le robaron todo su dinero, el día que murió la mamá de Botas, el día que enviudó, el día que perdieron las elecciones, el día que la sacaron del proyecto... Mejor no pensar en eso; no quiere recordar el sentimiento de impotencia que la invadió cuando el presidente de la República y el ministro de Ciencia y Tecnología aparecieron en su oficina para sacarla del proyecto.

—Imbéciles— otra lágrima rueda por su mejilla. El recuerdo de las discusiones con Robertson ha vuelto. El pensamiento recurrente de que ella pudo haber hecho algo diferente llena la mente de Clara la mayor parte del tiempo, pero ya es demasiado tarde. Chico Buarque debería ser suficiente para olvidar, pero ni cantando a todo pulmón logra borrar sus pensamientos. No es su culpa, ella lo sabe, se lo dice

todo el tiempo al espejo, pero los fantasmas ocultos en su inconsciente le dicen lo contrario. Cuando ella notó lo que iba mal, cuando sus primeros cálculos le permitieron demostrar la ineficiencia cuántica del sistema y las posibles consecuencias de encender el reactor, la tildaron de exagerada. Trató de explicarle a todo el mundo en la universidad que el experimento era potencialmente peligroso, pero ni siquiera el decano de la facultad le entendió el concepto de reacción en cadena desacelerada. ¿Quién iba a decir que la última en recibir del premio Nobel sería una mujer colombiana?

No hubo ceremonia. El premio era sobre todo una forma de anunciar al mundo que Robertson Martínez era un idiota de proporciones apocalípticas; de recordarles a los nueve mil millones de personas que iban a morir por causa de la activación del reactor Chiminigagua 2, y, además, el nombre de aquellos a quienes podrían culpar por el fin. Los medios también responsabilizan a la joven gerente del proyecto Chiminigagua, al ministro y al presidente. Los culpan y no los culpan. ¿Qué podían hacer estos burócratas si las ecuaciones que explican por completo el fenómeno son demasiado complejas incluso para un estudiante de último año de física? Pero Robertson, qué imbécil, qué tarado ambicioso, qué cliché sacado de una película de los ochentas. A Clara no le alegra la forma como la turba enfurecida en el aeropuerto de Heathrow lo persiguió y golpeó hasta despedazarlo, pero tampoco se siente mal al respecto. A Clara no le alegra nada, ni el dinero, ni el Nobel, ni el perdón que el presidente le pidió públicamente. A Clara le alegraría la vida un *éclair* de la pastelería El Cometa, pero la cerraron hace tres meses. Le alegraría pasar un día más con Carlos, pero él viajó hace seis semanas a Barranquilla para estar con su madre. A Clara le alegraría la vida saber que sus cálculos no fueran correctos, es decir, haber estado equivocada, y así ver

el amanecer mañana, levantarse, abrir la ventana para que Botas salga a pasear, ir al trabajo y quejarse del tráfico de Bogotá, también preocuparse de cosas comunes como el recibo del agua o la salud de su anciano gato. A Clara le alegraría la vida nunca haber entendido el verdadero significado de la palabra soledad.

Sola, en su hermoso apartamento, Clara disfruta su último almuerzo mientras ve por la ventana cómo el cielo comienza a pintarse de rojo, y escucha los sonidos del miedo y la ansiedad que suben desde la calle y atraviesan las paredes de los apartamentos vecinos. Falta muy poco tiempo para el fin del mundo. No sabe qué hacer ahora que completó todo lo que había planeado, solamente se le ocurre subir el volumen de su viejo parlante Bluetooth y dejar que Elis y Tom se encarguen de acompañarla al otro mundo. Pero por primera vez en su vida calculó mal; le falta una canción para el fin del mundo. Mientras todo acaba, Clara escucha una hermosa voz brasileña cantar:

Triste es vivir en soledad.  
En el dolor cruel de una pasión.  
Triste es saber que nadie  
puede vivir de la ilusión...

**Daniel Enrique Monje Abril**

## Rufo

**R**ufo tenía la mala costumbre de gruñirle a todo el mundo. A veces se le iban los dientes con algún mortal desprevenido y terminaba confinado al patio de la casa con una sogá al cuello. Terminado el castigo, Rufo podía disfrutar de nuevo de los cuidados y el cariño de Jorge y Beatriz, sus abnegados dueños que, con paciencia de monjes tibetanos, le perdonaban los actos de indisciplina. Era un perro afortunado.

Llegó un día en que su primera dueña, fastidiada con el mal humor del can, lo regaló sin explicar nunca de dónde lo había sacado. “Era un callejero que adopté, pero no me lo aguanto más. Si ustedes no lo reciben, lo regreso a donde pertenece”, amenazó Evangelina Gutiérrez, una vieja conocida de Beatriz.

Rufo era un bravucón empedernido, sin raza ni pedigrí, aunque portador de una inexplicable simpatía que se desvanecía cuando mostraba los dientes. “Tiene un genio de los mil demonios, pero en el fondo es un buen compañero”, solía decir Jorge, no tanto porque lo creyera, sino porque sentía el deber moral de defender la poca honra que le quedaba a su mascota. Beatriz, que tenía un corazón de oro y era un manojo de cariño, había recibido a Rufo sin necesitarlo; lo hizo solo porque tenía la idea de que valía la pena intentar resocializar al animal para que no volviera a sufrir los abandonos de la calle.

Un lluvioso y frío día de octubre llegaron a casa Alfredo y Natalia, el hijo y la nieta de Jorge y Beatriz. Los anfitriones celebraron el final de una ausencia de varios meses y el escape feliz de los dos viajeros, que llegaban de Israel huyéndole a la guerra. Alfredo era un ingeniero civil que había dejado el país más que todo por el amor a su esposa que por la idea de encontrar en Israel un trabajo mejor y bien remunerado. Para entonces, la pequeña Natalia ya había llegado a este mundo y apenas podía sostenerse en pie, a una edad en que se descubre el encanto de caminar.

Los primeros días en ese extraño país fueron difíciles para la pareja, pero pronto dejaron de serlo para la esposa, que se adaptó bien a la cultura, al idioma, al shawarma y a los nuevos amigos. Alfredo no lo vivió igual, sobre todo por las dificultades para encontrar algo que hacer, aunque solo fuera para sentirse capaz de sobrellevar su propia vida en un matrimonio gobernado por ella. Así que no pasó mucho tiempo antes de claudicar en su papel de marido y decidir que regresaría a Colombia, sin mujer y sin hija, para volver a ser el de siempre. La esposa sucumbió a las absorbentes jornadas laborales y a los jolgorios frecuentes, y tuvo que recurrir a Alfredo para que regresara a encargarse de la niña, y así evitar el riesgo de tener que encomendarles su crianza a las niñeras de oficio. El amor de padre pudo más que el malestar por tener que retornar a su condición de extranjero. De modo que Alfredo desanduvo sus pasos, volvió a Israel y asumió los cuidados de la hija. Pero estalló la guerra en la Franja de Gaza y el aire se contaminó del miedo a las bombas y las balas.

Tras un acuerdo al que llegaron solo con mirarse a los ojos, la esposa decidió quedarse y él compró dos asientos en un vuelo comercial, antes que la guerra los obligara a subirse en un avión de refugiados. Así que el regreso a Colombia le dejaba a Alfredo otra vez el sinsabor de la separación; y a ambos, la sensación de un asilo.

La presencia de Rufo en casa de Beatriz le alivió las penas del corazón a la pequeña Natalia, que amaba a los animales y necesitaba tanto de un amigo con quien mitigar las amarguras por la ausencia de la madre. El perro lo comprendió al comienzo y le siguió el juego a la niña, hasta una tarde en que no soportó que ella le jalara la cola y le mordió la mano. El incidente no pasó de un rasguño y el grito de horror de la chiquilla que espantó a todos en la casa, aunque Alfredo, que corrió al rescate, pidió con un grito estremecedor deshacerse del animal, porque lo consideraba un riesgo mortal para su hija.

Jorge ya no tuvo argumentos para defender a su perro, y Beatriz, resignada y en silencio, aceptó el destierro de Rufo. El problema ahora consistía en conseguir un alma noble que se apiadara del can y lo recibiera sin reparos, a sabiendas de su temperamento de toro de lidia.

Una tarde en que compraba algunas viandas en un mercado cercano, Beatriz tuvo la buena fortuna de encontrarse de frente, y por casualidad, con Verónica de Díaz, una hacendosa y encantadora señora que nunca se quitó su apellido de casada. Tenía aún rezagos de sus años de juventud y unos ojos del color del mar, hermosos y expresivos, que tanto le sirvieron para sus tácticas de seducción en los tiempos del amor.

Las dos mujeres celebraron el encuentro como una afortunada conspiración de los astros, y Beatriz interpretó esto como la señal sobrenatural que estaba esperando para el futuro de Rufo. Había hecho cálculos acerca de quién podría quedarse con el perro, pero no se le había ocurrido incluir a Verónica en la lista de candidatos. Se saludaron de abrazo, se preguntaron por sus nietos y, después de un par de comentarios sobre la carestía de la vida, Beatriz se lanzó con la oferta, sin pensarlo mucho: “te tengo una divinidad de perro”. Verónica, que profesaba un insondable respeto por los animales y un

cariño inagotable por los perros, abrió sus ojos verdes. Beatriz no tuvo que esperar mucho para entender que su amiga de siempre se iba a quedar con el desterrado. “Es un poco malgeniado, pero cuando echa las orejas hacia adelante, es el perro más tierno que podrás conocer”, dijo Beatriz, aunque sin necesidad, pues había notado que a Verónica la propuesta de adoptar al perro la cautivaba. Salieron del mercado y caminaron hasta la casa de Beatriz, al ritmo del paso acelerado de Verónica, consumida por la ansiedad de conocer a su nueva mascota.

Congeniaron. El perro, en un acto que Alfredo interpretó de hipocresía, batió la cola, echó las orejas hacia adelante y lloró de felicidad cuando vio entrar a la desconocida. Verónica sucumbió a los gestos de cariño y le pidió a Beatriz que la esperara hasta el domingo para llevarse el can: “Ni se te ocurra regalárselo a alguien más. Ese perro ya es mío”, le dijo.

La semana se hizo corta para Jorge y Beatriz, pues querían un mejor hogar para Rufo, aunque los abatía la tristeza de la separación. Al final de las cuentas, ellos habían aprendido a quererlo, y la idea de que los abandonara les turbaba la paz del corazón. El sábado, muy temprano, Verónica llegó por el perro. A Joaquín Díaz, su esposo, no le sonaba mucho la idea, pero siempre, a pesar de su recio carácter, se rendía a los caprichos de su mujer. De modo que tomó la correa y la ajustó en el cuello del animal, que le correspondió con un gruñido de antipatía. Subieron al carro, se despidieron de sus amigos y buscaron las vías menos congestionadas para salir de la ciudad y tomar la carretera hacia Arbeláez, un pueblo de tierra caliente, medido entre las montañas y muy cercano a una aldea donde los cadáveres se preservan en el tiempo por algún efecto mágicos de la tierra.

Rufo se adaptó bien y pronto a la nueva casa, una elegante y acogedora construcción de un piso, de paredes blancas impecables, en la mitad de un inmenso terreno quebradizo y sembrado de árboles de frutas, y con una pileta que hacía las veces de piscina y alberca de regadío. La propiedad era la más distinguida de los alrededores, sobre todo porque aquellas tierras bajas estaban pobladas por campesinos pobres que vivían de pequeños cultivos y soportaban con denuedo las sequías del verano y los fangos del invierno.

La casa estaba cercada por una alegre barandilla de balaustres, blanca y bien conservada, que permitía el acceso en puntos opuestos mediante puertas de baja altura que alertaban a los moradores por el chirrido que emitían cuando se abrían. Un día de calor inusitado, Rufo comenzó a ladrar desaforadamente, y Verónica tuvo que echar mano de su paciencia inagotable para calmarlo. La reacción del animal fue incomprensible para la mujer, pero fue la excusa de Joaquín para insistir en deshacerse del perro, cuya presencia en su finca no lo había terminado de convencer. Los ladridos enloquecedores y sin explicación se repitieron en los días siguientes, y Verónica comenzó a presentir que obedecían a una presencia extraña que acechaba la casa. Así se lo hizo saber al marido, que no aceptó el argumento y supuso que el perro y su dueña estaban por volverse locos y volverlo loco a él.

Después de analizar el comportamiento del perro, Verónica comprendió que Rufo se descontrolaba siempre en la portezuela posterior de la cerca de barandilla, y que, aunque el perro sabía cómo saltarla, prefería ladrar desde adentro, como debía hacerlo el guardián de la casa. Cuando Rufo intensificó los ladridos, Joaquín tomó la decisión de deshacerse del perro, por encima de las súplicas de su esposa. Un día en que el paisaje se ocultó tras la niebla, se llevó a

Rufo a una finca cercana en donde lo confinaron a vivir amarrado a un árbol sin ramas ni frutos. Esa noche, los dos esposos durmieron sin ruido, pero sin paz, porque se sintieron solos y tristes sin la presencia del perro.

A la mañana siguiente, Joaquín se levantó temprano, luego de la mala noche, y salió a atender una reunión de propietarios de fincas para discutir los pormenores de la construcción de un nuevo acueducto veredal. En la soledad de la casa, Verónica se levantó sin ánimos y, cuando salió a la sala, sintió sobre su hombro derecho el golpe seco de una mano pesada y, luego, el ahogo por la presión de un trapo embadurnado que le hizo perder la conciencia.

De regreso, el ambiente tenso y oscuro de la casa oprimían a Joaquín, pues las cortinas estaban aún sin correr y se notaba la ausencia de su mujer. Entonces, encontró sobre la mesa de centro la lacónica nota que dejaron los secuestradores. Cuando reconstruyó lo sucedido, se percató de que los delincuentes se habían llevado a Verónica por la puerta donde Rufo había desatado sus ladridos de alarma.

**Rodolfo Prada Penagos**



Este libro fue editado  
por la **Editorial Uniagustiniana**  
en noviembre de 2025.







UNIAGUSTINIANA

*Es creer en ti*

Vigilada Mineducación

Este libro es una compilación de los mejores cuentos escritos por estudiantes, egresados, docentes y administrativos, en el marco del Octavo Concurso Uniagustiniano de Cuento Corto. Este concurso tiene como objetivo fomentar la escritura creativa en toda la comunidad universitaria, entendida como una herramienta útil para el desarrollo del pensamiento crítico, la construcción de ciudadanía y la exploración estética de la realidad.

ISBN: 978-628-7727-07-6



9 786287 772707 6